381

Alonso Cano

ó

la torre del oro

3

ALONSO CANO,

ó

LA TORRE DEL ORO.

Recuerdo dramático del siglo XVII,

EN CUATRO ACTOS.

Por Don Aureliano Fernandez-Guerra
y Orbe.



MADRID.

IMPRENTA DE D. JOSÉ REPULLÉS.
Abril de 1845.

PERSONAS.	ACTORES.
Margarita	*D.ª Matilde Diez.*
Beatriz	*D.ª Bárbara Lamadrid.*
Una máscara	*D.ª Micaela Duran.*
Alonso Cano	*D. Julian Romeá.*
D. Sebastian de Llanos	*D. Pedro Sobrado.*
Leonardo	*D. Antonio de Guzman.*
D. Luis de Guzman (Cab. 1.°)	*D. Lázaro Perez.*
El oidor Sarmiento (Cab. 2.°)	*D. Antonio Alverá.*
Caballero 3.°	*D. Patricio Sobrado.*
Un criado	*D. Cárlos Spuntoni.*
Berto	*D. Antonio Lamadrid.*

Damas, Caballeros, escuderos, máscaras, etc.



A mi hermano Luis.

Recibe, querido hermano mio, este débil recuerdo del carácter y prendas del célebre pintor Alonso Cano, joya admirable del delicioso pais donde nacimos. Tú que con esmerado afan te dedicas al bello arte que le hizo tan famoso, tú que con entusiasmo miras la menor de sus obras, - tienes un derecho indisputable á esta pobre mia; y si yo no te la dedicara, ella se te fuera de suyo. Si pues en la espresion que te consagro llegas á ver el fondo de mi alma, y anhelas corresponder á la pureza de mis sentimientos, - no desmayes un punto en la nueva carrera que emprendiste, y en la que el estudio y la constancia llegarán á conquistarte el lauro que te desea tu cariñoso

AURELIANO.

Granada: 5 de febrero de 1842.

Acto primero.

Sevilla: 1624. Galería magnífica del colegio de San Alberto, al plano de un jardin que se descubre en el fondo. Puertas practicables á los lados. Nótanse por toda la escena trozos de la arquitectura de varios retablos; caballetes, lienzos, etc.

ESCENA PRIMERA.

ALONSO *en segundo término, á la derecha, pintando.* DON SEBASTIAN *y* UN GRUPO DE CABALLEROS *examinan los cuadros de la izquierda. Algunos personajes vagan con la propia intencion por la estancia.* LEONARDO, *que acaba de entrar, escucha á lo léjos la conversacion de los del primer corro.*

Caballero 1.º Paréceme, señor caballero, que sentenciais muy poco indulgente.

Sebastian (*con ironía*). Decís muy bien. Hartá mala ventura es por cierto haber en Italia estragado el paladar con las obras de los injustamente llamados restauradores Buonarroti, Rafael y Correggio.

Caballero 1.º Entre cuyos nombres hará un dia punta el de ese muchacho. Ved qué correccion en los estremos! qué dulzura y qué suavidad en las tintas!

Sebastian. Y á fin de que nunca llegue (si acaso pudiera llegar) ese tiempo, es en los nuestros moneda corriente adular á la juventud para engreirla y enervarla.

Caballero 1.º El genio necesita de estímulos.

Sebastian (*con ironía*). El genio! ¡A qué estrecho punto

ha quedado reducida la patria de los Berruguetes, de los Herreras y de los Pachecos!!

Caballero 1.° Dentro de una hora sabrémos si el príncipe de los pintores debe llamarse Pacheco, ó Zurbaran, ó Alonso Cano.

Caballero 2.° Pacheco! el pintor especulativo, el modesto filósofo, el insigne poeta...

Sebastian (*con sarcasmo*). Os esgañais! ¿Cómo ha de competir un maestro con un discípulo? ¿medio siglo de celebridad y de gloria, con los banderizos años de ese mozo arrogante y bizarro?

Caballero 3.° No cuenta veinte y ocho Zurbaran, y es ya conocido por el Caravaggio español.

Sebastian. Oh! tiene muchos amigos!!!

Caballero 1.° Por cierto que no los necesita Alonso Cano para que esa Calle-de-la-amargura, que va á colocarse en este colegio de San Alberto, sea considerada por todos como el pasmo de Sevilla. Vedla y notadla, señor caballero. Acérquese vuesarced.

Sebastian (*retirándose*). Por la garra se conoce al leon.-- Hé allí, señores mios, al gran conde-duque de Olivares. Yo me retiro.

Caballero 1.° (*siguiéndole*). El gran conde-duque de Olivares aseguraba esta mañana que, en tan noble competencia, venceria Cano á Pacheco y á Zurbaran, y que el propio rey don Felipe IV le coronaria con la guirnalda de flores.

Sebastian (*bajo al* 2.°). ¿Quién es este caballero?

Caballero 2.° Un tonto.

Sebastian. Pintiparado Apeles para tal Alejandro. (*Vanse.*)

Caballero 3.° (*al* 1.°). Ya sabemos que es letrado é hidalgo de solar conocido; que pinta; y que ha estado en Italia.

Caballero 1.° Ese hombre no deja nada que desear.

Leonardo (*al* 1.°). Sois todo un caballero.

Caballero 1.° Soy muy castellano.

ESCENA II.

ALONSO. LEONARDO.

Alonso. Y bien, Leonardo; y bien! -- Tachadme ahora

de mal sufrido: decid que mi genio es duro y fuerte: llamadme arrogante: publicad que el amor propio me ciega. -- (*Se levanta, y contempla los lienzos de la izquierda.*) Bravo! las proporciones de mis figuras son monstruosas, exagerados sus contornos; la composicion pobre; las tintas débiles y frias!! -- Bien! bravo! Soy poco ménos que un Orbaneja!... Ah! no; esto no es exaltarme. (*Procurando reprimirse.*) ¿No ves qué tranquilo estoy? ¿No ves cómo me rio?

Leonardo. Debieras, sí, reirte. Tambien es pintor. Zelos de artista!

Alonso. Calla. ¡Ese hombre artista! ¡ese hombre pintor! Romperia yo mi paleta, pisaria yo mis pinceles, si alzarse mirára con tan alto nombre á un tan indigno sugeto.

Leonardo. Bien! bravo! Jurad que estais tranquilo, que no os enfureceis!!

Alonso. Y ya ¿para qué la furia? ¿Con mis cuadros? ¿con mis estatuas? ¿còn mis colores? -- ¿No te dice nada el haberme reprimido?

Leonardo. Sí que me dice. Y tened por cierto que cuando mi señora doña Beatriz sepa el modo con que disponeis vuestro ánimo á que no quede defraudada en sus deseos y esperanzas, se ha de creer la mujer mas dichosa del mundo.

Alonso. Si; háblame de eso. (*Vuelve á pintar.*) Que yo no me acuerde de que he sido ultrajado.

Leonardo. ¿Y cómo te volverás á acordar de semejante niñería, pensando que doña Beatriz se encuentra, á la hora de hora, en la iglesia del colegio con todo lo mejor de Sevilla? ¿Qué me feriais en albricias de descubriros que os debe hoy mismo visitar en esta vuestra propia estancia?

Alonso. ¿Es de la comitiva real ese que se titula pintor?

Leonardo. Es sevillano, y ha dado por Madrid la vuelta de Italia. -- Oh! ¡cuántas damas han de envidiar la fortuna de doña Beatriz! ¡La mujer amada, el único pensamiento de Alonso Cano, el jóven pintor, el Miguel-Angel de Andalucia!

Alonso. ¿Has averiguado cómo se llama ese hombre?

Leonardo. No lo sé. -- Pero no le caerá en gracia á doña Beatriz si en la visita os encuentra ocupado con el

retrato de alguna linda zagala; como que no pasa dia sin que las bellezas sevillanas embarguen vuestros pinceles, señor pintor! Ya se sabe: á los grandes hombres y á los hidalgos los retrata Pacheco; á las hermosas Alonso Cano solamente.

Alonso (*con impaciencia*). ¿Ni tampoco averiguaste si debe de permanecer en esta ciudad?

Leonardo. Esta tarde partirá para Jerez. --¡Lo que se detiene doña Beatriz en ofreceros la mas hermosa muestra que de hermosura humana pudo formarse la fantasía! ¡Cuán bizarramente vestida! Cabellos largos, entretejidos, y sembrados de jazmines y lazos... --Mas yo me canso en balde. Habia oido (y nunca lo puse en duda) que el amor amansaba la brava condicion de los hombres; que las artes, la fama, todo era ménos que una mujer á quien se adora.

Alonso (*contemplando su pintura*). ¡Una mujer á quien se adora!

Leonardo. No la amas. Si así fuera, ¿qué otra idea podia labrar en tu mente?

Alonso (*dejando de pintar*). Ah! sí: la adoro con delirio. En mis ensueños, en mis horas de arrobamiento, de encantadoras ilusiones, la siento estrechar mis manos con las suyas, jurarme eterno amor, seguirme á lo mas oculto de la tierra, ser mia, mia únicamente. ¡Es tan hermosa! Margarita! Se lo debo todo: mi nombre, mis riquezas, mi porvenir.

Leonardo. ¿Qué me dices, Alonso?!

Alonso (*con entusiasmo*). Sí, á Margarita!

Leonardo. ¿Amas, y no á Beatriz?

Alonso (*llevándole al proscenio*). Tres años hace. Avergonzado de mí mismo, ni aun á ti me he atrevido á confiar este secreto. --Una tarde, con ocasion de proclamar Granada á Felipe IV, ardia en fiestas su plaza de Bibarrambla. ¿Recuerdas cuán singular espectáculo presentaba el inmenso pueblo que ocupaba los elevados palenques, las innumerables ventanas, los miradores y azoteas, y hasta los tejados mismos?

Leonardo. ¿Y la riqueza y donosura de las damas? ¿Y la gala que ostentaron las vistosas cuadrillas en los jaeces de los caballos, en las libreas de los pajes?

Alonso. Mis ojos devoraban tantos objetos. El sol habia

desaparecido, y los justadores se hallaban empeñadisimos en el juego, cuando un antiguo y colosal edificio se desploma, sepultando entre sus ruinas centenares de almas. La noche cierra oscura: los quejidos de los moribundos se perciben á veces entre los gritos del confuso y aterrado pueblo: un puñado de ladrones y asesinos se desbanda contra las míseras mujeres; y (por robarles sus brazaletes, sus arracadas y collares) las mutilan y apuñalan. Oh! aquella escena era horrorosa, terrible!

Leonardo. Sí, muy terrible!

Alonso. La cólera y la indignacion habian armado mi brazo, y hecho comprar caras sus vidas á los infames; cuando, á la rojiza luz de unas antorchas, distingo una mujer de ojos rasgados y de negros cabellos, que iba á ser inmolada. Sus pupilas saltaban de las órbitas; su enronquecida voz se apagaba en la garganta; con sus crispadas manos pretendia atajar la muerte...

Leonardo. ¿Y la salvaste?

Alonso. Si, la salvé, Leonardo! Decirte ahora cuán lastimado quedó mi corazon con la vista de aquella mujer celestial; que no sosegué hasta descubrir su casa, su nombre, la calidad de su familia, -fuera cansarte con lo propio que ya debes haber adivinado. Un año la contemplé todos los dias (poseida siempre de una amarga tristeza) en la iglesia de Santa Isabel, sin que nunca mis labios le espresasen lo que le revelaban mis ojos. Los suyos, Leonardo, me habian hecho concebir un rayo de esperanza, cuando se me oscureció de repente el sol de mi ventura. Dos meses pasaron sin hallarla en ningun paraje (dos meses de un tormento indecible, en los que no quedó locura que yo no hiciese por ver y hablar á Margarita); y, al cabo de ellos, uno de los escuderos que acompañarla solian, me entregó una mañana este billete. Léele. (*Entrégale un papel.*)

Leonardo. (*Lee.*) «Vuestra opinion y procederes han llegado á mí con tanto crédito cuanto mi estado necesita. Ya no soy libre; y para dorar mis yerros deben tener los vuestros el fin què no le tendrá el afecto que me debeis. Dios os guarde.»

Alonso. Ese papel desconcertó todas mis esperanzas en

el punto en que mas vivas las tenia. Leonardo, entónces pensé mil veces acabar con mi existencia. Pero cuando el escudero, entre socarron y malicioso, me dijo: «solo, tal vez, un Buonarroti pudiera, señor carpintero, poner los ojos en la prenda del caballero mas calificado», -pensé perder el juicio. Carpintero!! Ah! -- Entónces me dige yo á mí mismo: «la pintura! la escultura! hé ahí el lauro que humillará ante tí á los demas hombres. Ahora soy pobre, desconocido á todos: todos me desprecian. Quiero ser rico, pintor, célebre!!!» -- Margarita no llegó á saber nunca mi nombre; y, sin que tampoco adivinarlo pudiera, abandoné luego á Granada: -y, aquí en Sevilla, mis pensamientos únicos han sido la gloria y Margarita. Pero léjos de ella, porque está casada, Leonardo! casada! -- (*Mostrándole la tabla que está pintando.*) Mírala: mírala... ¿No es cierto que es muy hermosa? -- En todas partes la copio. Ese es su rostro. -- Y dicen que la espresion de mis Vírgenes es sublime, celestial! Sí, del cielo; porque de allí es mi Margarita.

Leonardo. Bien, Alonso; bien! Amala siempre; pero siempre de léjos. Que ella te inspire, y serás inmortal. -- Y entónces, hijo mio, ¿es verdad que tienes en poco á doña Beatriz, que emplearia su cariño en Zurbaran, si Zurbaran venciera hoy en la competencia, ó si le pareciese mañana mas gallardo que tú?

Alonso. Ah! tú no sabes lo que sufre el alma cuando eternamente lucha entre el amor y los deberes. Yo he querido borrar el recuerdo de Margarita en los festines, en los saraos, con otro nuevo empleo, con sensaciones nuevas; pero todo en vano. Mi alegría es mentira; mentira mis amores... Nada, nada en el mundo puede arrancar de aquí esa imágen adorada. Pensando en ella, ¿qué es para mí la opinion, qué la fama? Ah! Margarita, solo Margarita!

ESCENA III.

DICHOS. MARGARITA, *con velo; y* UN ESCUDERO, *que se retira.*

Margarita (*sorprendida*). (Cielos! Es él! Él aqui! ¡Y

pronunciaba un nombre!... Pero será ilusion. Despues de tanto tiempo...)--Dispensad, caballero: ¿es vuestra merced...

Alonso. Alonso Cano, señora: y ved qué me mandais.

Margarita (*turbada*). Alonso Cano!... Perdonad el enfado que ocasionaros pueda valiéndome del bello arte que os hace tan famoso, para dejar con él una memoria á un mi anciano tio: á lo que el deudo y una aficion particular me obligan.

Leonardo (*á Alonso*). (Retratico tenemos.)

Alonso. Aceptad un asiento.--Leonardo...

Margarita (*sentándose*). Fuera de que quien pone alguna tierra en medio, por solo admirar la grandeza con que se ostenta Sevilla á la llegada de su rey el cuarto Filipo, ¿cómo abandonaria la orilla del Guadalquivir sin llevar un retrato del pincel de Cano, ú de Pacheco?

Leonardo. (¿No lo dige?)

Margarita. No os deberá parecer nuevo este lenguaje; como no lo ha sido á mi conocimiento vuestra fama, (*descubriéndose con naturalidad*) ni vuestra vista á mis ojos.

Alonso (*asombrado*). Margarita!

Leonardo. (¡Ella es! ¡Qué fatalidad!)

Margarita. (¿Qué he hecho, triste de mí?!) (*Momento de silencio.*)

Alonso (*con amargo entusiasmo*). Margarita!!

Margarita. Caballero...

Alonso (*fuera de sí*). ¿Sueño yo, Dios mio? Si es soñar, que no despierte de tanta dulzura. ¿Sois vos, señora mia? ¿Sois vos, mi luz, mi esperanza, mi gloria?

Margarita. Ved qué estais hablando.

Alonso. Entónces ¿á qué venis á Sevilla? ¿Por qué os veo en este sitio? ¡Y me mandais callar! ¿Quereis que guarde silencio cuando nadie nos oye, cuando únicamente vos pudiéraisme escuchar?--¿No he callado mucho y por mucho tiempo? ¿Quereis mas todavía?

Margarita. Caballero...

Alonso. No. Ya se acabó el callar.

Margarita. ¿Qué decis? Yo ignoraba...

Alonso. Sí!! ignorabais!! Es verdad!... ¿Y qué os podian importar mis sufrimientos? Veíais de contino, á lo

léjos, una mirada fija siempre en vos. -- « ¡Curiosidad tal vez!» -- Hallábais una sombra en todas partes. -- «Pobre tonto!» -- Y como ninguna boca os juraba consistir mi dicha, mi felicidad en estar donde os halláseis; en contemplar, embriagado de placer, vuestro peregrino rostro; en alimentar una esperanza; ni os digera cuál se estremecia mi corazon al vislumbraros, ni la agitacion con que latia si acertábais á pasar cerca de mí, ni cómo (al perderos mis ojos) le devoraba la pena; - por eso ignorábais... el daño que me haceis ahora. -- Ya se ve! os diriais á vos misma: «una sonrisa de mis labios le ha trastornado. Al acercarse á mí entre la multitud, y al mirarle yo, su entorpecida lengua ha tartamudeado alguna palabra, y sus enardecidos ojos se han clavado en la tierra... Desventurado!... Pero si esto puede turbar mi sosiego, hay mas que escribirle algunas líneas?... (*Mostrándole su billete.*) Y como no van firmadas... y como la letra puede ser de un cualquiera... Nada se pierde... Píquese el amor propio de los pocos años, y... y luego con estrañarlo todo...» -- Sí; teneis razon. Este es (*leyendo*) «el fin que no le tendrá el afecto que me debeis.» -- Soy un imprudente!!! (*Rasga el billete por medio, y caen los pedazos sobre uno de los sillones ó trozos de retablo.*) Perdonad, señora!!!

Margarita (*con estremada amargura*). ¿Qué habeis dicho? ¡Que hay testigos delante!

Alonso (*dirige una mirada feroz á Leonardo, quien se retira con nobleza por la derecha. Cano lucha consigo mismo.*) Mejor es mil veces morir.-- (*Cambiando de afecto.*) Perdonad, Margarita. No sabeis lo que es estar loco; no tener mas que una idea señora del pensamiento; ver caminar las horas con pies de plomo; mirar á lo pasado, y no hallar sino tinieblas, confusion y ruido; buscar lo porvenir, y no columbrar sinó hiel y duda; anhelar algo que pare este torbellino que despedaza nuestra frente, y no tocar sinó un martirio interminable. Soy muy infeliz!

Margarita (*con aspecto sombrío*). Infeliz!

Alonso (*con viveza*). ¿Os habeis de mí compadecido? Decidme una palabra: decidme que no desconoceis mis tormentos; que os lastimais de mi infortunio...

Margarita. (¡Qué angustia!)
Alonso. Decid, decid por piedad.
Margarita. (Qué me sucede?)
Alonso. ¿Asi habeis olvidado la vez primera en que os vi; la tarde aciaga...
Margarita. No; jamas la olvidaré!...
Alonso. ¿Os acordais de aquel que os adoraba...
Margarita. Sí.
Alonso. ¿Y es verdad que, al hallarle todas las mañanas en la iglesia, le mirábais con dulce semblante, con cariño tal vez... no, con lástima no mas?
Margarita. ¡Ah!
Alonso. ¿Recordais que, por vuestro sosiego, abandonó su patria, sus amigos, el lado de su madre?
Margarita. ¡Alonso!
Alonso. ¿Y comprendeis, por ventura, que la ausencia no ha sido parte para borrar vuestra imágen de su alma; y que vos, sola vos, sois el término y fin de sus delirios é ilusiones?
Margarita. ¡Alonso!
Alonso. Una esperanza, una esperanza siquiera!
Margarita. Imposible.
Alonso. Imposible?... ¡Mi existencia, la felicidad de toda mi vida...
Margarita. Yo no os la puedo dar. Soy quizá mas desgraciada que vos. Mañana, hoy tal vez, me será forzoso abandonar á España para siempre.
Alonso. Desgraciada?! Entónces, sí, me podréis amar. Unid vuestra suerte á la mia. Busquemos la calma y la felicidad en Italia. Italia! -- Entre sus perfumados bosques, junto á sus encantados torrentes, debajo de su cielo azul palpiten nuestros corazones de gozo y de ventura. Yo soy artista: mi patria es todo el mundo.-- Pero ¿callais? ¿bajais los ojos? No guardeis ese silencio conmigo, no sea que, callando vos, vea abrirse el abismo de mi desesperacion. -- Callad: haceis bien. Os ofende mi atrevimiento. Soy un insensato. Vuestro silencio es una reconvencion que justamente merezco.-- Y habiendo tenido valor para venir aquí, ¿le teneis para reconvenirme?
Margarita. No me injurieis. Yo nunca supe que os llamáseis Alonso Cano.

Alonso. Tampoco yo sabia, al encontrarse por primera vez mis ojos con los vuestros, que á vos estaba ligada mi existencia; ni, hasta que despertásteis mis esperanzas, supe que teníais un marido!

Margarita. Yo soy libre, Alonso.

Alonso. ¡Qué oigo! ¿No teneis marido? ¿No le teneis?

Margarita. Murió hace un año.

Alonso. Ay! no digais tanto... No puedo respirar... Ahora sí que estoy loco... ¡Sois libre!... Ay! callad, por Dios!... --¿Y vuestro padre?

Margarita. Mi padre! --Espatriado hace veinte meses.

Alonso. Espatriado! ¡Una palabra, Margarita!... Margarita, ¿me amas? Decidme que me amais, si no quereis verme morir... Decidlo, Margarita, decidlo.

Margarita. Alonso, ¿qué exigis de mí?

Alònso. Una palabra; toda la ventura de la tierra; todo el encanto de los cielos. ¿Me amas?

Margarita. Por piedad.

Alonso. Me amas, Margarita?

Margarita. ¿No lo sabeis? ¿No os lo revelaron mis ojos?

Alonso. Ah! es verdad. Yo no debia dudarlo: tú me perteneces; tu pensamiento es mio; tú me amas.

Margarita. Sí... te amo.

Alonso. Repite otra vez esa palabra. ¿Eres mia?

Margarita. ¡Ah! sí.

Alonso. ¡Margarita! El corazon rebienta de placer en el pecho. Es mucha ventura para un corazon solo.--¡Qué hermosa! ¡oh, qué hermosa eres!--Y yo (pobre, aislado, menospreciado un dia) ¿te tengo ahora entre mis brazos? Es preciso que esto que me está sucediendo no sea verdad; que sea un sueño, un delirio, Margarita mia!

Margarita. ¡Alonso! tambien todo es un encanto para mí. Si salvo llega á tocar mi padre las riberas españolas, si salvos pisamos las playas de Inglaterra,-ya nada me queda que apetecer en el mundo.

ESCENA IV.

DICHOS. LEONARDO.

Alonso. Leonardo, mírala: es libre; me ama. ¿Quién podrá ya desunirnos?

Leonardo. El conde-duque te manda llamar. Va á salir para la ceremonia; y quiere ántes fiar á tu discrecion cierto secreto.

Alonso. Ahora? ¿en este instante? Es imposible.

Leonardo. No puede por ménos. Dello depende tu fortuna.

Alonso (*á Margarita*). Aquí me aguardad, querida mia.-- (*A Leonardo.*) Acompáñala tú entre tanto. (*A Margarita.*) Es mi amigo; el que me adurmió en mi niñez; el que se interesa por mí como por un hijo. (*Vase.*)

Leonardo (*observando por el frente*). (No podemos permanecer en este paraje. Distingo á doña Beatriz hablando con algunas personas al fin de aquellos limoneros; y es seguro que á este lugar se dirige.)

Margarita (*reparando en los que llegan*). (Beatriz! don Sebastian! ¡Ay, Dios! esto solo me faltaba!)

Leonardo. Si gustais, señora, pudiérais entretener el tiempo, hasta que vuelva Alonso, examinando las pinturas que adornan esta inmediata galería, ó recreando la vista con las flores del pintoresco jardin que desde ella se descubre.

Margarita. Sí, Leonardo: iba á suplicaros lo mismo.

ESCENA V.

BEATRIZ. DON SEBASTIAN.

Sebastian. Cedo, por complaceros.

Beatriz. No acabo de volver en mí con tan grata sorpresa. ¿Y qué vendabalito os trae por este Sevilla, señor don Sebastian?

Sebastian. Quizá no querais pensar que le habeis levantado vos.

Beatriz. Yo, lisonjero?

Sebastian. Vuestras gracias.

Beatriz. Sí? Confiadme el desgraciado término de vuestros amores; y dejémonos de cuentos.

Sebastian. ¡Qué curiosidad, Beatriz amiga, tan de mujer!

Beatriz. Nosotras de otra cosa no entendemos: y como por aquí se murmura que un cierzo frio ha helado la flor de vuestros gustos, cuando parecia que ya nadie os la debiera disputar... ¿Es así, por ventura?

Sebastian. El cielo me la dió de pura gracia, sin yo merecerlo; y el cielo me la quitó por su justicia infinita.
Beatriz. Devoto y resignado os hallo. Pero cuando el diablo reza, engañar quiere.
Sebastian. ¿A vos, que tanto sabeis, Beatriz?
Beatriz. ¡Y tan cieguecito como afirman que estábais vos, don Sebastian! Bien que cuando me hospedé en casa de vuestra amada, tuve ocasion de observarlo. Piensan los enamorados que nadie los mira.
Sebastian. Siendo yo capaz de enamorarme, ó de parecerlo alguna vez, esa lo fue sin duda.
Beatriz. ¿Con que hay galan de por medio?
Sebastian. Con nuevas tan gustosas me hallo.
Beatriz. ¿Y qué me decis entónces de la ingrata? (*Se sienta.*)
Sebastian. Que por muchos y muy buenos años goce de su mejor empleo: que en el pecado lleva la penitencia; y que en eleccion de mujer el peor es el que vence.
Beatriz. ¿Sabeis quién es el vencedor, acaso?
Sebastian. Ni me curo de saberlo. Yo no le envidio su fortuna.
Beatriz. ¡Pobre hija de Eva! ¿Así mirais su mudanza?
Sebastian. Era muy natural. ¿Nos habíamos de querer toda la vida? Me ausenté. La mujer es

«ligera como los vientos,
mudable como la mar»...

Ni mas ni ménos que los hombres; soy justo. La ausencia usa de sus ordinarios fueros, que son parar en olvido y en mudanza. Como yo sé que ojos que no ven, corazon no quiebran; no me llevo chasco. Merced á la tal mudanza, pago obligaciones propias con ageno bolsillo. Inconstante aparecerá mi querida: mi lealtad puede sin riesgo levantarse hasta las nubes. Y si dicen que mejor es ver muerta que de otro á nuestra dama, por mi parte mátela Dios que la crió.
Beatriz. ¡Qué resignacion mas santa, Dios mio!
Sebastian. Soy así. Y mucho que le agradezco al sostituto su buena obra; por la que me hace libre de pedido y alcabala, como el gavilan.

Beatriz. ¡Y llamábais á esa muchacha la honestidad, la virtud misma!!! ¡Oidos que tal oyen!

Sebastian. ¡Hay tantas honestas y virtuosas miéntras no les ruegan ó no les ofrecen!!!...

Beatriz. Para mi santiguada que ya es mucha resignacion la que se os descubre.

Sebastian (*mirando con intencion á la puerta de la izquierda*). Así la tengais, Beatriz, cuando os llegue el turno.

Beatriz. Yo? ¡Pobre de mí! (*Se levanta y mira los lienzos de la derecha.*)

Sebastian. No me oculteis el verdadero iman que os arrastra á este paraje. (*Repara y examina los pedazos del billete*). (¡Cielos, es su letra!)

Beatriz. Os dige, en el dichoso encuentro, que la curiosidad y el amor á las artes, que es tan general.

Sebastian (*violentándose*). Aunque jurarian otra cosa las lengüecitas de víbora. (*Fija la atencion en el cuadro de la derecha.*)

Beatriz. Porque hay mujeres á quien se les supone hecho lo que apénas han imaginado.

Sebastian. (Reconozco á Margarita en esa pintura. Cuando entraba, vi ocultarse una mujer en esa estancia... La pérfida está aqui.) (*Se dirige maquinalmente hácia la izquierda*).

Beatriz. Pensativo estais. ¿Con el recuerdo quizá de vuestra enemiga? Granada os ocupa enteramente.

Sebastian (*haciendo por que le oiga Margarita*). ¡Oh, mucho! ¡Qué horas tan deliciosas gocé en Granada! ¡Me es su memoria tan dulce! (¡Necio soy, vive Dios! No me toca sinó ultrajarla, escarnecerla!)

Beatriz. ¿A la orilla del Dauro todavía?!

Sebastian. A vuestro lado, Beatriz hermosa. ¿Con que no teneis ningun amante? Perdonad os haya ofendido, viéndoos tan linda. Queria preguntaros si no preferis á ninguno. ¡Llaman tanto la celebridad, el lauro, la gloria!

Beatriz. ¿Y á dónde vais á parar?

Sebastian. A fiar de vuestra penetracion y buen ingenio el complicado lance en que os hallais. Doña Beatriz de Quiñones y Meneses, la hija del mas rico negociante y proveedor de las galeras de S. M., pasa en toda

Sevilla por la querida de Alonso Cano. (*Movimiento de Beatriz*). Vos, Beatriz: en toda Sevilla.
Beatriz. Y qué?
Sebastian. En la rueda de la mucha gente que en ese patio aguarda al rey, no se hace sinó comentar, con sus puntas de malicia, vuestros dijes, vuestras galas y perlas...
Beatriz. Seguid.
Sebastian. No falta quien os desee toda malandanza en vuestros amores.
Beatriz. Seguid.
Sebastian. Quien esté al acecho de un desliz ó de un desengaño, para hacerlo público.
Beatriz. Acabad.
Sebastian. El rostro de esa Vírgen...
Beatriz. Se parece á... Margarita.
Sebastian. Esta carta...
Beatriz. Es de su letra.
Sebastian. Fácil será dar con el otro pedazo del billete. -- Desde aquellos árboles...
Beatriz. Bien: columbré gente en esta cámara. ¿Y qué me decís con todo eso?
Sebastian. Que si no quereis hacer plato á la insolencia y à la envidia de las demas mujeres, os será conveniente, muy conveniente, meditar qué hacerse debe cuando ese es el retrato de Margarita, su letra la que veis, y Margarita... vuestra rival, que en ese aposento está encerrada.
Beatriz. ¿Decísme la verdad?
Sebastian. Os fuera fatal el dudarlo.
Beatriz. ¿Y vos habeis meditado que esa tabla, concluida que sea, ha de exponerse á la competencia?
Sebastian. Sí, por cierto.
Beatriz. ¿Y que don Gomez de Céspedes, escudriñándolo todo, dará con el blanco de la verdad, y os sacará á plaza no nada gustoso, y sí mucho de corrido?
Sebastian. Sí, por cierto.
Beatriz. ¿Y que (cuando venís siguiendo la corte con pretensiones de una toga, para satisfacer cierta venganza) el ridículo que pudiera caer sobre vos desconcertaria todos vuestros planes?
Sebastian (*con intencion*). El caudal de entrambos se

compone de unos mismos intereses. ¿Es eso lo que me quereis decir?--Beatriz, seamos amigos. (*Beatriz muy agitada, medita, cavila, duda.*) --¿Y dónde está el genio pronto y decidido de la mujer?--¿En qué pensais?

Beatriz. Por ahora en desfigurar esta pintura. (*Lo hace.*)

Sebastian. ¿Y á qué conducirá?

Beatriz. Ya lo veréis.

Sebastian. Como os plazca; pero no sabeis hacerlo.

Beatriz. Temiera encomendároslo, y poner á riesgo las espadas. ¡Cano es tan diestro en ellas!

Sebastian (*comienza á pintar*). Beatriz, todo se me alcanza; y todo es menester.

Beatriz (*al ver á Cano*). Ah! --(*A don Sebastian.*) Chist! Cano!

ESCENA VI.

DICHOS. ALONSO.

Alonso (*distraido*). Pintor del rey!... (*Queda inmóvil al ver á don Sebastian con aprestos de pintar.*)

Beatriz. (Ah! lo ha visto!)

Sebastian (*sorprendido*). (Por mi fe que no le esperaba tan pronto.)

Beatriz (*á Alonso*). Dichosa yo, que por fin logro ver al artista, cuando ni aun basta buscarle en su obrador. (*Señalando á don Sebastian.*) Es un íntimo amigo mio; un gran pintor; muy caballero, y muy admirador vuestro.

Alonso (*violentándose*). Sí? --(*Mirando á su cuadro.*) Es verdad. --Perdonadme os haya interrumpido. Pero es necesario mirar algunas cosas muy de cerca, para cerciorarnos de que no son mentira.

Sebastian. Ciertamente. Por esa razon he conocido que habeis puesto á esta figura de Virgen una cabeza que no le correspondia.

Alonso (*despechado*). Y como seréis tan amigo de la verdad...

Sebastian. Sí.

Alonso. Estábais corrigiendo mis yerros.

Sebastian. Justamente.

Alonso. ¡Lástima que no hubiéseis llegado á tiempo de

corregir los que me han conquistado el título de pintor del rey!

Sebastian. Acaso habria sido oportuno; porque hay defectos que no se deben dejar sin enmienda.

Alonso. Decis muy bien. Y yo me glorío de haber llegado á tiempo de corregir en vos uno muy notable.

Sebastian (*con descaro*). No comprendo.

Beatriz. (¿Qué irá á suceder, Dios mio?!)

Alonso. Indigno de todo buen pintor, de todo buen caballero; indigno de todo hombre.

Sebastian. En mí?

Alonso. Un yerro que no se puede enmendar con el pincel: es necesario despedazar todo el lienzo. -- ¿Me comprendeis ahora?

Sebastian (*con indiferencia fingida*). No tal.

Alonso. No lo estraño, porque nunca he sido mas tardío ni mas oscuro en esplicarme. Quieroos decir que el amigo íntimo de Beatriz, el gran pintor y admirador mio, el villano y mal nacido escarnecedor, - no volverá á pintar en su vida si maneja la espada del mismo modo que los pinceles.

Sebastian. Allá lo veréis, miserable.

Alonso. Reñid.

Beatriz. Sebastian! Alonso!

Alonso. Dejadnos. (*Riñen.*)

ESCENA VII.

DICHOS. MARGARITA. DAMAS. CABALLEROS.

(*Todos procuran contenerlos y separarlos. Cano acomete con estraordinaria furia á don Sebastian.*)

Alonso. Dejadme. Nada respeto. Desgraciado de aquel que intente estorbar mi venganza. -- (*Desarma á don Sebastian, y le pasa la mano derecha.*) Pintad ahora.

Sebastian. La herida durará siempre... Me afrentais ante toda Sevilla... El escándalo será ante todo el mundo. -- Mil venganzas me quedan.

Alonso. Una vale por mil, y mil no valen por una.

Margarita. Alonso, ¿estas herido?

Caballero 1.° (*entregándole una corona que en una bandeja trae un criado*). Calmaos. Vuestro es el triunfo. Recibid el premio de vuestros desvelos.

Alonso. El premio! El premio! ¡Decidle ahora al pintor: «he allí un sol brillante; unos campos de flores; un mundo de encantos!» -- No le engañeis. -- Un sol que abrasa y seca; un campo de hiel; un mundo de envidia, de egoismo, de veneno, de sufrimientos. -- No quiero esa corona (*la despedaza*). -- La gloria es una mentira.

Margarita. Alonso, mírame á tu lado. Alonso! (*Los caballeros y damas miran con curiosidad á Beatriz, que se halla muy sobrecogida en primer término.*)

Alonso. Margarita!

Sebastian (*dirigiendo sus miradas á Margarita*). (No le gozarás nunca.)

Beatriz (*lo mismo, y volviendo de su sorpresa*). (No lo olvidaré miéntras viva!)



Acto segundo.

Habitacion (en casa de Margarita) graciosamente amueblada al gusto de la época. Puertas practicables á los lados. En el fondo un lindo mirador, por el que se descubre á Sevilla iluminada por la luna.

ESCENA PRIMERA.

ALONSO *observa por el mirador.* LEONARDO (*pensativo*) *aparece sentado junto á un bufete que se nota en primer término. Ambos en traje de calle. A poco de alzado el telon, entra un criado con luces que coloca sobre una mesa.*

Alonso. (¡Es la esperanza única!... En fin, este es un dado que debe jugarse. La existencia no vale tanto como el honor.)

Leonardo (*levantándose*). ¡Todo, Alonso mio, está hablado entre nosotros!!!--Pero haces bien en contemplar la naturaleza. Ella debe ser tu maestro: ella es el libro del hombre.

Alonso. ¡Qué hermosa es una noche de primavera! ¡Qué bien parece Sevilla desde este aposento de Margarita!

Leonardo. Y, sin embargo, esa pintura magnífica de Dios; ese cuadro de luz, de sombras, de encantos (que llamamos naturaleza), - ahonda tan poco ahora en tu corazon como el recuerdo de un ensueño indiferente. -- ¡Qué triste es haber encanecido al lado de aquel á quien amamos como á hijo; que es nuestro anhelo,

nuestro contento en el mundo, sin poseer entera su confianza!

Alonso. ¿Qué te he ocultado yo, Leonardo? ¿qué te he ocultado yo? Robo á mis horas de trabajo estas de la entrada de la noche, para consagrarlas á quien amo; y, desesperado de aguardar, quiero entretener el tiempo con esa hechicera perspectiva.

Leonardo. ¿Permítesme referirte una historia, en tanto llega Margarita?

Alonso. Cuéntala, si te place.

Leonardo. No ha mucho tiempo que se ocupaba la fama, de un don César, llamándole soldado en el Piamonte, pacificador en Sicilia, embajador en Venecia. Amigo del gran virey de Nápoles, duque de Osuna, cayó don César envuelto en la borrasca de aquel príncipe, y fué desterrado á Granada. Pero tenia una hija única, bella como el alba, y sencilla como una flor; y el cariño de su hija, y el afecto de sus amigos fueron al anciano un dulce bálsamo en las pasadas amarguras.--(*Con intencion.*) A una mujer de diez y seis años todo la deslumbra, todo la fascina. Siente la necesidad de amar; mira; cree. Mas un dia y otro y otro de tormentos marchitan sus ilusiones: la duda acibara su existencia; y el alma busca un cariño mas puro, mas generoso, mas noble, precisamente cuando sus inclinaciones y esperanzas deben ceder á la voluntad de un padre.--La hija tuvo que obedecer al suyo; y que casar, por complacerle, con un señor de título, muy entrado en años. Poco despues, alborotándose de nuevo las olas de la emulacion y de la envidia, pusieron á don César en tanto cuidado y aprieto que se hubo por bien librado con poderse pasar á Inglaterra bajo la proteccion del duque de Buckingham, su íntimo amigo.

Alonso. Me estas refiriendo una historia que conozco yo tan bien como tú propio.

Leonardo. No basta, Alonso, conocerla: es necesario no olvidarla.--Esa mujer, dotada de un alma delicada y tierna, vió por fin rotas las cadenas que la aprisionaban en la sociedad, y sonreirle la fortuna cuando tenia á sus pies el objeto de todos sus ensueños y delirios.--¡Oh, esa mujer era entónces la mas venturosa de la tierra!

Alonso. Y el hombre que, bajo un lejano cielo, guardábala retratada en su corazon, - ¿no sería dichosísimo en aquellos momentos?

Leonardo. ¡Ay, que tales momentos debieron durar eternamente!! Pero aquella mujer era un ángel, y por lo mismo habia de ser muy desgraciada. Apénas, dueña de su voluntad, lo fué del que reinaba en su pecho, el destino le arrebató de su lado para que ciertas almas envenenadas, no malogrando tamaña coyuntura, agotasen su perversidad, y deshiciesen las mas dulces ilusiones.--(*A Alonso que quiere interrumpirle.*) Sí!! Pero aun no se daba el destino por contento. Era preciso todavía que el delirio paternal arrastrase indiscretamente á don César á las riberas españolas en el punto crudo en que la armada inglesa, inundando las playas de Cádiz á principios de este invierno, consternó todo el Andalucía.--En fin, ¿cuál es el resultado? Don César preso, esperando la muerte de hora en hora: los implacables jueces (que sumarísimamente han de sentenciarle) hoy mismo en Sevilla meditando un castigo ejemplar, un escarmiento terrible: Margarita, en el estremo de la desesperacion, sin padre, y acaso sin amante; y el amante...

Alonso (*con inquietud*). Tiene una palabra que cumplir, una obligacion que satisfacer, y una vida que salvar. Pues bueno: lo que Alonso Cano ha dicho una vez, lo ha cumplido siempre.

Leonardo. Y el amante... es caballero, es honrado, es virtuoso! Has dicho bien: tiene una palabra (*con voz sublime*), una palabra que cumplir, una obligacion que satisfacer, y una vida que salvar. (*Llevándole á un lado del proscenio, y con movido afecto.*) Alonso, no hay tiempo que perder. Fias la libertad de don César á un alboroto, á un tumulto. Crees que derramando dinero entre la gente baldía, ociosa y mal avenida, y fomentando la sedicion en que el pueblo ha comenzado á declararse, podrás alcanzar por la fuerza lo que no has sabido lograr por conciertos...

Alonso. Leonardo!!

Leonardo. Te has engañado. Los pocos artesanos que gritan en los corrillos «viva el rey, y muera el mal Gobierno», no encuentran un eco que responda á sus

aclamaciones.--Se busca ya el orígen de esas voces: los ministros avivan sus pesquisas... Ay! ¿por qué me has ocultado tus proyectos? ¿Imaginas que la suerte de don César me interesa tan poco? ¡Tú triste, tú reservado, tú retraido del que no tiene á quien amar en el mundo sinó á ti! ¿Desde cuándo te recatas de tu segundo padre? ¿Qué pensamientos revuelves en tu cabeza?--Yo conseguiré tal vez mañana lo que intentaste en vano; porque todo requiere oportuna sazon.

Alonso. Leonardo, si mi suerte es sucumbir en esta empresa, no quiero yo envolverte en mi ruina.--Esta noche, cerca de la madrugada, en medio de la oscuridad y silencio...

Leonardo. Y bien?

Alonso. Escalaré la torre del Oro; romperanse las prisiones de don César. Un barco le recibirá en el Guadalquivir; y, hasta que respire á bordo de cierta galera de corsarios ingleses, yo no sentiré aliviada la zozobra en que vivo.

Leonardo. ¿Es cierto, Alonso mio? Eres el mas bueno de los hombres. Pero aun me siento con brios; aun me anima el espíritu de los primeros años. A mí me toca el escalar la torre. ¿Has sobornado al alcaide? Contamos con él... ¿no es cierto?

Alonso. Y necesito mas dinero. Malvarataré mis cuadros; recurriré á mis amigos...

Leonardo. Esta misma noche salvarémos al mas querido de todos los padres. Gente se acerca. Es fuerza que nos veamos pronto.

Alonso. En el puente; dentro de media hora. (*Vase Leonardo.*) ¡La libertad de don César! Ah! Cuando yo haya restituido el padre á la hija con tanto riesgo de mi existencia, con tales sacrificios, - el cariño de Margarita le robustecerá la gratitud, la virtud mas noble de nuestra alma.--¡Qué lucha destroza mi pecho! Todos me pintan en Margarita un ángel; y hay un ser empeñado en que la aborrezca... Un ser que me miente... Margarita me ama...--Pensemos ahora en la libertad de don César. Eso es lo primero. Despues... despues tan solo Dios sabe lo que sucederá.

ESCENA II.

ALONSO. BEATRIZ.

Beatriz. ¿Vos por aquí, Alonso?
Alonso. Bien venida, señora... (¡En peor ocasion!...)
Beatriz. ¿Quién me hubiera dicho que, á estas horas y en este paraje, debria de hallar tales desenfados y alientos, resignada como estaba á esperar sola en su casa á Margarita?
Alonso (*acercando la silla que iba á coger Beatriz.*) Beatriz!... ¿Teneis algunas nuevas que darle?
Beatriz. Venturosísimas, por fortuna. El duque de Medina Sidonia, muy empeñado en salvar á don César, ha hecho partir para Madrid deudos suyos que arranquen del de Olivares el indulto de tan infortunado caballero, á quien conserva una muy decidida amistad.
Alonso. Obrará el duque en ello como calificado y justo.
Beatriz. Os veo pensativo. Paréceme que mostrais, en el particular, doble empeño que los mas interesados en él. Don César...
Alonso. Es el padre de la que va á ser esposa mia.
Beatriz. Os adelanto mi enhorabuena: ¿Por fin os decidísteis á casaros?
Alonso. Ya era tiempo.
Beatriz. Acertado estais. Yo conceptuo el matrimonio, en un pintor, como el punto de partida para su felicidad y su gloria. En los pocos años el torbellino de las pasiones, sus terribles contrastes, conjúranse contra el pobre artista: encontrados vientos se oponen al vuelo de su genio: engañosas flores le distraen y retrasan en su camino...--El matrimonio lo apaga todo. El juicio y la reflexion reemplazan á la desenvoltura; y desde aquí empieza para el pintor la carrera de luz que ha de hacerle inmortal.
Alonso (*fastidiado*). Sí... es cierto.
Beatriz. Y no faltarán algunos que piensen lo contrario! Habrá quien diga que el matrimonio corta las alas de la esperanza; que su pesado yugo cae sobre el destino feliz del artista y lo destruye: en fin que, tan luego como se casa, muere para la gloria. Ya se ve! las mismas pasiones le arrastraban ántes á ella! La gloria es

la mirada de aprobacion de una mujer, la conquista de su corazon.

Alonso. Y... (dispensad que os interrumpa) ¿conceptuais vos que el conde-duque antepondrá los respetos del de Medina al castigo de don César?

Beatriz. Indudablemente. Y tan gran beneficio le deberá este á los ojos negros de su hija. Ved aquí otra ventaja que logra el artista si elige mujer hermosa: honores, condecoraciones, títulos. En los azarosos tiempos que tocamos, esto, caballero, vale por sí solo lo que el talento no vale. Dentro de un año os pronostico la privanza de Tiziano y la nombradía de Rafael. Tan luego como os caseis, debeis salir para la corte.

Alonso. Señora... (*Despues de varios afectos.*) Soy hombre, y mujer vos. Podeis ofenderme impunemente.

Beatriz. ¿A qué son esos fieros? Ya estais creyendo que yo me opongo á vuestro enlace!!

Alonso. Lo que creo es que pareceis un genio abortado del abismo para ajar mi amor propio, mi orgullo; para deshojar todas mis ilusiones.

Beatriz. Yo?!!!

Alonso. Vos. Despues del pesado lance en que herí muy mal á don Sebastian de Llanos y Valdes, me habeis tenido oculto en Lebrija, en una casa de campo que os pertenece.

Beatriz. Siempre me precié de amiga vuestra.

Alonso. Allí despedazásteis mi corazon, derramando en él semillas de veneno y de muerte. La desconfianza es la muerte!

Beatriz. Veo que hay hombres á quienes abrirles los ojos es matarlos.

Alonso (*con inquietud*). ¿Decisme que Margarita no me ama?

Beatriz (*afectando fastidio*). Sí; os ama.

Alonso. Las pruebas de su infidelidad... -- Ya estamos en Sevilla... -- No ha transcurrido poco tiempo desde que regresamos á Sevilla! Dádmelas, dádmelas, como lo ofrecísteis.

Beatriz. Cuando oí que os hallábais resuelto á casaros, pensé que fuesen mi regalo de boda. Despues de lo

que he aprehendido, vengo á discurrir de otra manera.

Alonso. Eso es decir que podeis justificar vuestras palabras.

Beatriz. Eso es decir que hubo una época en que toda Sevilla os creyó galan mio... Quizas á mí tambien me pasó alguna vez por el pensamiento; pero como un capricho, como una aprehension solamente. Sin embargo, desde entónces tomé una parte muy decidida en vuestra felicidad... sin interes de ningun género, así Dios me salve.--Pues bien: el afecto que os profeso me cegó: conozco que os he hecho mal, mucho mal; pero he pecado de inadvertida. Aun es tiempo de remediarlo todo. Sea otro el objeto de nuestra conversacion.--¿Concluísteis, por fin, el magnífico cuadro de la Asuncion de nuestra Señora?

Alonso. Beatriz, no me hagais desesperar.

Beatriz. Basta, Alonso: á otra cosa. Dicen que os habeis desprendido de vuestros mejores lienzos.

Alonso. Señora!...

Beatriz. Yo os compro la Magdalena. Os pagaré en brillantes.

Alonso. ¿Os regocijais en verme sufrir?

Beatriz. Vuestro genio es vehemente, duro, agrio; pero hoy raya en descortes, á fe mia. No solo no me tratais como amiga, sinó que ni aun como mujer siquiera.

Alonso. ¿No os dais por satisfecha todavía? Estoy padeciendo mucho. Beatriz, sacadme de esta cruel ansiedad. Necesito amar, como la tierra necesita del sol; pero no amaré nunca á una mujer indigna de mi cariño. Me habeis hecho dudar del de Margarita: habeisme robado el sueño, la quietud, la esperanza de un siglo de ventura y deliciosas horas...

Beatriz (*afectando violencia*). Tomad lo que os he ofrecido, con tal que calleis. (*Entrégale unos papeles.*)

Alonso (*recorre rápidamente con la vista varias cartas*). Dios mio! Es posible! Tanta maldad!... Traidora! -- «Tu Margarita.» «Tuya hasta la muerte.» -- ¡Y me llamaba su único pensamiento!... (¡Tanta humillacion delante de Beatriz!)-- ¿Y cómo en vuestro poder estas cartas?... (Sí, es su letra! -- Mi vista se desvanece... Algun espíritu infernal me alucina...)--Esto es una

trama horrorosa, indigna... ¿Es posible?!...--(Es verdad! ¿Y la tristeza que empaña su rostro? ¿Y aquel bajar de ojos cuando me mira?...)--Decidme, decidme quién os ha dado estas cartas.

Beatriz. Nada se adelantaria con decíroslo; y yo podria quedar en un desventajoso concepto. No os lo digo.

Alonso. Estas cartas las escribiria Margarita á su marido... --Decidme que sí.

Beatriz. Os digo que sí. ¿Es eso lo que deseais? Con todo: en algunas habla de cautela, de temores, de peligros...

Alonso. ¿Con que me engaña?... ¿O me engañais vos?

Beatriz. ¿Quereis conocer esta noche á vuestro rival?

Alonso. Mi rival!... ¿Quién es?

Beatriz. Yo apénas lo conozco. --¿Quereis sorprenderle con Margarita?

Alonso. Dónde?

Beatriz. Dadme palabra ántes de no empeñar lance ninguno.

Alonso. Estas manos le arrancarán á la pérfida el corazon.

Beatriz. ¿Y con qué derecho? Margarita no es todavía vuestra esposa. Aun es libre.

Alonso. Entónces... entónces... quiero humillarla, despreciarla delante de todo el mundo.

Beatriz. Dar un escándalo, en el que el peor librado seriais vos. (Su genio me asegura de todo.)--Voy á descubriros cómo podeis desimpresionaros, Alonso; desimpresionaros nada mas; ganar, no una pendencia, sino un útil desengaño, una leccion de mundo, que os enseñe á vivir en adelante.

Alonso. Sí, si. ¿Esta noche?

Beatriz. Esta noche.

Alonso. Dónde? Acabad.

Beatriz. Haced por que nos veamos, dentro de hora y media, en el sarao de doña Luz de Vargas, mujer del asistente; y desde allí os guiaré donde convenga.

Alonso. ¿Y me respondeis, Beatriz, de que otro amor es únicamente el que lleva á Margarita á ese paraje?

Beatriz. Eso lo veréis vos con vuestros mismos ojos. Un coche se pára á la puerta: será el de vuestra amada. Yo me adelanto á recibirla. -- Alonso, bien conoceréis que de ningun modo os debe encontrar en este

sitio. Idos por la galería al jardin. Dentro de breves instantes, en casa del asistente. (¡Por fin quiso Dios que se cumplieran mis deseos!) (*Vase por la derecha.*)

Alonso. Veo las pruebas de su ingratitud, y no quiero creerla todavía... -- Dios mio!... Margarita es inocente... Que no vaya al sarao: que sea mentira cuanto me ha dicho esa mujer. (*Vase por el mirador.*)

ESCENA III.

BEATRIZ. MARGARITA.

Beatriz. Tanta fineza!

Margarita Recordaba el duque haber hecho camarada en Italia con mi padre; el aprecio en que tuvo su valor; y cómo se ufanó siempre con su amistad. Ay! el duque de Medina Sidonia ha llenado mi alma de esperanzas dulces y lisonjeras.

Beatriz. Es muy apuesto caballero.

Margarita. Aguarda por horas, segun dice, el término feliz del suceso; pues ciertos allegados suyos, que envió á Madrid para alcanzar la libertad de don César, partieron de Sevilla hace ya seis dias. -- Con el gozo se me olvidaba preguntaros cómo estais.

Beatriz. De veros, por Dios, contenta.

Margarita. Este es, Beatriz, el primer instante en que vivo, en que la tristeza no me ahoga: ántes bien me tiene fuera de mí el estraño presentimiento de alguna grande ventura. ¡Qué hermosa me ha parecido la noche! ¡qué hermosas las estrellas centelleando en un cielo azul y transparente! ¡He padecido tanto, señora! ¡he padecido tanto!

Beatriz (*ayudándole á destocarse*). No diréis que no sé cumplir mis palabras. Os prometí daros cuenta de la llegada de los oidores que deben entender en la causa de vuestro padre, y los nombres de todos. Aquí los teneis. (*Dale un papel. Siéntanse.*)

Margarita. El duque don Manuel me dijo que llegaron esta mañana.

Beatriz. ¿Y os ha dicho que el señor asistente debe presidirlos, y acelerar ó retardar el proceso?

Margarita. Y la duquesa me ha dado un atentísimo pliego para doña Luz de Vargas...

Beatriz. Que entregaréis esta misma noche; si no quereis que se reunan los jueces, y den al traste con los buenos propósitos del duque.

Margarita. Así me lo ha aconsejado; y así lo haré sin duda alguna.

Beatriz. (Perfectamente!)

Margarita. Y tanto mas cuanto que la duquesa le recomienda á la mujer del asistente me alcance permiso para ver á mi padre en la prision, donde yace incomunicado todo el invierno. Tengo esperanzas de verle esta noche... Juzgad ahora de mi contento. --Nada me hablais de Alonso: habia oido que se encontraba con vos en esta cámara.

Beatriz. Pero, tardándoos demasiado, le ha sido forzoso retirarse.

Margarita. Antes esperaba siempre! Ahora se cansa y se fastidia! ¿Os ha manifestado si volveria? (*Un criado entra, y le entrega una tarjeta.*)

Margarita. «El licenciado comendador.» --Decid que puede entrar. (*Vase el criado.*)

Beatriz (*levantándose*). A Dios, Margarita.

Margarita. Esperad un poco. --No sé quién es.

Beatriz. Me es imposible. Se hace tarde.

Margarita. Como os plazca. ¿Nos volverémos á ver?

Beatriz. Muy pronto. Que no os descuideis.

Margarita. A Dios vais.

ESCENA IV.

MARGARITA. DON SEBASTIAN, *de hábito de Santiago.*

Sebastian. Yo soy.

Margarita. (Ay!... don Sebastian!!) Caballero, ¿quién os ha dado permiso para penetrar en esta estancia?

Sebastian. No lo creí jamas necesario. Ademas vos me le habeis dado.

Margarita. Hacedme la merced de dejarme sola. Os lo pido, os lo suplico.

Sebastian. ¿Os molesto?

Margarita. Retiraos.

Sebastian ¡Tanto amor; tantos juramentos un dia; tanto anhelar la dicha de estar á mi lado... Y ahora os enfada mi vista, os llena de horror! Desearíais que la tierra se abriese, arrebatando á vuestros ojos al que ántes merecia un cielo!... ¡Vive Dios, y cómo los tiempos se han trocado!

Margarita. Os ruego que os vayais.

Sebastian. ¿Á qué es temblar? ¿á qué ruborizaros de esa suerte? Lo perdono todo.

Margarita. Mirad que puedo llamar á mis criados; hacer que os echen de esta casa...

Sebastian (*con sarcasmo*). No lo haréis.

Margarita. ¿Qué os ha traido aquí, caballero?

Sebastian. ¿Es tan fácil arrancar los afectos del corazon, y arrojarlos al olvido?--El hombre afortunado, que conquista los de una mujer constante, virtuosa,-con ellos cuenta para siempre. La deslealtad y la inconstancia es tan solo de corrompidas é infames villanas... oh! no de elevadas señoras, cuyos principios santos y delicados publican la escelsa estirpe de que descienden...--Y para estos seres ennoblecidos ¿qué es la ausencia, la distancia, los mares tampoco? Las almas se buscan y se unen, como se buscan el oro y el azogue. ¿Qué son tres años de sinsabores luego que brilla la aurora de la felicidad? Tuyo soy. Respuesta aguardo, para soñar en un porvenir de ilusiones.

Margarita. ¡Un porvenir de ilusiones! Hay hombres que se regocijan y embriagan con los tormentos de una mujer... que se apacientan en ellos, como el tigre en su presa. ¿No bastan, decid, tantos años de llanto, de acerbos dolores, de eterna agonía? ¿Quereis todavía mas? ¿Qué daño os he hecho nunca para tal encono? Piedad... caballero... Olvidad todo lo que ha pasado... que existió Margarita. Dadle la paz por que suspira desde que vió la luz del dia. Soy una pobre mujer, muy desgraciada, muy infeliz. ¿Es, acaso, hazaña de valor, propia de hombre, hacerme apurar el cáliz de amargura?

Sebastian. Veo que no me entendeis.

Margarita. Ah!... por Dios...

Sebastian. Cuando me presento á ti mas rendido y enamorado....

Margarita (*con amargura*). Enamorado!!!

Sebastian. Y mas generoso que nunca...

Margarita. Sí!!!

Sebastian. Deseaba que nos pusiéramos de acuerdo, sin necesidad de disgustos, sin malgastar el tiempo, sin que fuera preciso valerse de medios muy amargos.

Margarita. Sabia yo que no os habian de ablandar mis ruegos!

Sebastian. Dios tiene mucho que dar, y siempre le queda el brazo sano. A mí me dió este natural; y, malo ú bueno, era para ti el mejor del mundo.

Margarita. El mejor del mundo! Vosotros, malentretenidos, sois la serpiente que acecha á la inocente paloma. Llega una jovencilla al abril de su vida; y no descansais hasta deslumbrarla, cual deslumbra la luz los ojos de un niño; hasta abrasarla, cual la llama á la desacordada mariposa. Y como vosotros no elegis nunca sinó una dama, no hay qué os detenga para esplicaros con la mujer, para humillarla, para envilecerla. Y como nosotras estamos ya ciegas; como habeis sabido alucinarnos,-nos contentamos con lo que nos proponeis, con lo que nos quereis dar, con ménos todavía.--Somos nobles, pero no poderosas. Harto favor nos dispensais honrándonos con el título de nuestros galanes. (*Con sarcasmo.*) Conoceis la barrera que ha puesto entre ambos la sociedad, y la respetais!!--Cae abajo el edificio de nuestra fortuna; la pobreza se pinta en nuestro aspecto: teneis atrevimiento para decirnos que os casaréis con la que halláreis rica... No derramais una ilusion siquiera sobre nuestra alma; no esparcis un rayo de consuelo, una idea de virtud que nos enaltezca, una esperanza que nos halague. ¡Es verdad; os complaceis en degradarnos!... Luego es menester que besemos el polvo que pisais!!!...--Pero vuestro natural era para nosotras el mejor del mundo.

Sebastian. Linda leccion para una cátedra.

Margarita. Y cuando ese galanteo debiera concluirse, porque entramos nosotras en una senda de sagrados deberes,-nos perseguis en todas partes; sembrais la

inquietud y la desconfianza en nuestros maridos; arrojais dentro de sus casas un infierno. -- A bien que los tormentos no son para vosotros: vosotros no escuchais palabras que desgarran el alma, no veis un indignado rostro en que se pinta el despecho á toda hora; para vosotros no corre una noche eterna de lágrimas y silencio.

Sebastian. ¿Me permitis hablar?

Margarita. Heis de oirme hasta el fin. Nos veis ya libres, y aun creeis que pensamos del propio modo que al entrar la primera vez en ese mundo seductor; que sois nuestros señores, y nosotras vuestras esclavas humildes; que una venda nos ha de cegar siempre. -- ¡Cómo os engañais! Cuando ese torbellino que nos priva de pensar, esa locura que arrebata nuestra mente, se calma, - entónces conocemos vuestra perfidia y nuestra lijereza. Ese corazon enfangado, seducido un dia, - se levanta purificado por el sufrimiento: el alma acrisolada devora ya la pura luz; y la mujer engañada os aborrece y os detesta. -- Sabeis mis pensamientos. Ahora podeis iros.

Sebastian (*con calma sombría siempre*). ¿No me amais?!

Margarita. No, no os amo.

Sebastian. ¿Toda esperanza es vana?! (*Pausa.*) Vuestro amor está consagrado sin duda á otro hombre, en quien supongo todo ese boato de maravillosas virtudes y prendas que no ha querido el cielo concederme á mí vil gusano.

Margarita. Sí, á otro hombre.

Sebastian. Y de resultas de ese encantado y nuevo cautiverio, ya no será fácil restablecer las cosas á su primer estado: olvidar al pintor, y volver el antiguo cariño al estudiante.

Margarita. Jamas.

Sebastian. Será muy difícil decirle á Alonso Cano que le habeis estado engañando; que otro primer afecto, mas íntimo, mas verdadero, os subyugaba; y que este era el que yo habia sabido inspiraros.

Margarita. ¡Decirle á él que no le amo!

Sebastian. ¿Aunque os lo mandara aquel primer amante que está decidido á subyugar vuestra voluntad por cualquiera medio?

Margarita. Si me hallara al pie del suplicio; si la cuchilla estuviese al caer sobre mi cuello, y la vida, la vida!, dependiera de abrigar en el seno un destello de amistad no mas hácia vos, - con mis propias manos aceleraria mi muerte.

Sebastian. He aquí el caso al pie de la letra. --Por la tarjeta con que me anuncié á Margarita Velli, conocerá esta que el licenciado comendador es uno de los jueces que deben mañana mismo sentenciar á su padre.

Margarita. Monstruo!

Sebastian. En unas horas, ufanas en verdad, me prodigábais palabras mucho mas lisonjeras. No habia entónces mas que un corazon y una voluntad: la mia. No habia mas que un sendero para el pensamiento: el que yo le trazaba. Una mirada apagaba el suspiro de la queja; una sonrisa era la luz de un paraiso.

Margarita. Don Sebastian!!... Y ¿seríais capaz de tal bajeza? ¿Un hombre de honor, un caballero, tal infamia?

Sebastian. Las venganzas de los que bien se han querido, sobrepujan á las ofensas hechas. Ya sabeis mi venganza.

Margarita. La que pudiera tomar un asesino, el hombre mas despreciable...

Sebastian. No... no lograis picarme el amor propio. Ó amádme, ó ved á vuestro padre espirar en un cadalso.

Margarita (*con afecto de horror, de indignacion, y de despecho*). Ah!!! -- El cielo no consentirá tamaña injusticia. Vuestros planes serán frustrados.

Sebastian. Confiais en que el duque de Medina consiga para don César el indulto de S. M.! Cuando el indulto llegue, será ya tarde, muy tarde.

Margarita. ¿Y la inocencia de mi padre no le salvará?

Sebastian. Ved su inocencia (*mostrando varias cartas*). Cartas á sus amigos incitándolos á la rebelion contra su legítimo rey; planes para un sacrílego levantamiento en Portugal; proyectos de formar de Andalucía un reino aparte, cuya corona debiera ceñir... el mismo duque de Medina.

Margarita (*indignada*). ¡Mi padre traidor! ¡mi padre!!!

Ay! que solo en vuestra lengua pudiera resonar semejante calumnia. Traidor!! La sangre que corre por nuestras venas, es sangre de leales; el fuego que abrasa nuestros pechos, es el fuego de los hombres honrados. Esas cartas son fingidas.

Sebastian. Pero si la letra estuviese tan bien imitada que se confundiera con la realidad misma; si la conducta de César Velli hubiese infundido graves recelos al conde-duque; si entre los revoltosos de Portugal anduviese el nombre de vuestro padre,-estos documentos sin duda serian la sentencia de su muerte. Pero yo os digo, á fe mia, que son verdaderos. Esta letra no puede confundirse con ninguna.--Solo yo el depositario soy de tales secretos.

Margarita. ¡Y los vendeis así!

Sebastian. Los regalo.--El que firma lo que escribió, se condena por su mano propia.--¿Qué resolveis?--(*Pausa.*)

Margarita. Salvad á mi padre.

Sebastian. Decidle á Alonso que os olvide para siempre...

Margarita. La vida del mejor de los padres!... Vedme á vuestra plantas (*se arrodilla*)... ¡Ay, no seais tan cruel, por Dios!

Sebastian. Que nunca le habeis amado (¿estais?); nunca.--Encargadle que yo no le vea mas...

Margarita. Piedad!...

Sebastian. La vida de César Velli está en mi mano; está en las de su hija.--El indulto de S. M. será inútil miéntras existan estas pruebas.--La muerte y la afrenta de vuestro padre; ó...

Margarita. Su vida.

Sebastian (*levantando á Margarita*). ¿Haréis cuanto os he dicho?

Margarita. Lo que querais.

Sebastian. Desengañarle.

Margarita. Lo que querais.

Sebastian. ¿Me amaréis?

Margarita. Amaros!... Al corazon no se le puede mandar: sabedlo. Cuando mi boca diga que os ama, miente: mi corazon dice que os execra. Si alguna vez estrechasen mis manos las vuestras, no lo estimeis como

el blando halago de la aficion... - desean, sí, despedazaros las entrañas. -- Sacrificaré á vuestro antojo todas mis ilusiones, mis esperanzas todas... ¿Qué mas apeteceis, inicuo?

Sebastian (*con sombría intencion*). ¿Me amaréis?...

Margarita. Os aborrez... (*á una mirada feroz de don Sebastian*) os amaré.

Sebastian. Asi!!! (*Viendo entrar á Leonardo.*) (Silencio!) -- Me complazco, señora, ocupándome de cuanto os pertenezca. -- (*Saludando.*) Beso las manos á vueseñoría.

Margarita. Ah! le perdí para siempre! (*Cae en un sillon. Leonardo la socorre.*)



Acto tercero.

Antesala ricamente adornada con tapices flamencos, escritorios, relojes, camapes, taburetes, etc. A los lados puertas practicables: una grande al fondo, por donde se descubre un espacioso salon iluminado. La confusion y murmullo de un baile reinan en su interior; pero, de vez en cuando, percíbense los sonidos de la música.

ESCENA PRIMERA.

ALONSO, *junto á una mesa, examinando algunas estampas. Damas y caballeros atraviesan la estancia en direccion al sarao; varios pasean á uno y otro lado, y algunos (máscaras, etc.) salen del salon.*

Alonso (*mirando los que entran*). Tampoco es ella! Mi vista se confunde y desvanece en este laberinto... ¡ Qué ruido! ¡ qué desórden!

Caballero 3.° (*acercándosele*). Con razon es tan aficionado el asistente á la pintura. Estos cartones los trajo de Italia, y se creen de Miguel-Angel. Uno hay de Rafael de Urbino, á no dudar.

Alonso. Son magníficos.

Caballero 3.° ¿Volvemos al estrado?

Alonso. Id vos. Pienso descansar aquí aun todavía.

Caballero 2.° (*á una máscara, con la cual sale por el fondo*). No es hoy la vez primera que oigo esa melodiosa voz, ni que ese bizarro embozo me deslumbra. -- ¿Quién eres? Hazme el gusto de quitarte la máscara.

Máscara. Soy... mujer.
Caballero 2.° Y te seria imposible estar sin ella!! -- ¿Dices que sabes mi vida y milagros? Mi nombre.
Máscara. Os llamais el licenciado Sarmiento: sois mayorazgo, oidor de Granada: vinisteis á Sevilla por dos meses, á fin de recobrar la perdida salud; y os encontrais hoy nombrado por S. M. uno de los jueces que han de juzgar y castigar á los encarcelados en la torre del Oro.
Caballero 2.° ¿Casado, ú soltero?...
Máscara. No todos los que son maridos estan casados: hay muchos solteros maridos.
Caballero 2.° El diablo me ha tentado por ahí.
Máscara. Ea, dejadme, don Quijote de Satanas; no tenga zelos aquel serafin.
Caballero 2.° No te dejo en toda la noche. Me encanta el escucharte.
Máscara. Pues escucha.
Caballero 2.° Y para que no me llames quijote, permíteme, hermosa máscara, que ponga este anillo donde gustara sellar los labios.
Máscara. El regalo es como de vos... de alquimia. No os place dar sinó malos ratos, con tal que tampoco cuesten dinero.
Caballero 2.° Ya veo que no pretendes engañarme por hoy.
Máscara. Por qué?
Caballero 2.° Porque, cuando tratan de engañar, estan muy cariñosas las mujeres; y lo que es tú no me adulas.
Máscara. Equivocado os heis. -- ¿Visteis á doña Luz de Vargas?
Caballero 2.° ¿Por qué me lo preguntais?
Máscara. ¿La habeis visto?
Caballero 2.° Estasiada toda la noche, bailando con el capitan don Gomez de Céspedes. No era menester preguntarlo.
Máscara. Despues de haberle dicho á su marido, á media voz, cuatro razones muy bien concertadas. El bueno del asistente recorre á este punto la ciudad, en la que se notan amagos de conmocion; y doña Luz baila á las mil maravillas. Aprended ahora.

Caballero 2.° ¿Cayó por fin el capitan en la red?! Muy mudado veo á don Gomez.

Máscara. Los hombres varian cada siete años.

Caballero 2.° Y las mujeres cada siete dias. Preguntádselo á doña Luz. -- ¿Quién es ese joveneto?

Máscara. Estraña pregunta. Alonso Cano.

Caballero 2.° Ah! sí. ¿El pintor de quien tanto hablan las buenas lenguas? ¿el amante de la granadinita?

Máscara. En vísperas de marido.

Caballero 2.° Cuenta, cuenta. -- (*Pára la música.*)

Caballero 1.° (*á Alonso*). Prestadme atencion unos instantes. -- A tiempo somos de prevenir el mal que amenaza; y yo, que me precio y me he preciado siempre de muy su verdadero amigo, vengo á salvar al gran pintor de Andalucía.

Alonso. ¿A salvarme á mí?! (*Con serenidad.*) Pues ¿qué novedades ocurren?

Caballero 1.° ¿Ignorais, por ventura, que (miéntras la música y el bullicio reinan en estos salones) el populacho, dividido en numerosos grupos, recorre la ciudad con ánimos de sublevarse?

Alonso. En verdad que yo creia desvanecido el tumulto.

Caballero 1.° ¿Sabeis quién haya sido el que ha sembrado la zizaña entre los artesanos? -- ¿Lo sabeis?

Alonso. No sé mentir. Yo he sido.

Caballero 1.° Hablad mas bajo. No todos aquí son vuestros amigos. -- Los ministros de justicia, recelando que la sedicion declarada puede pasar á insultos de mas violenta especie, estan ejecutando no pocas prisiones de personas sospechosas. Las guardias de las cárceles se han reforzado. Ya, en las parroquias, algunos caballeros y gente principal se juntan y llaman por sí mesmos, á fin de aunados defender sus casas, si la plebe pasa á otros intentos.

Alonso. ¿Y las torres quién las defiende y guarda?

Caballero 1.° La del Oro se ha encomendado á los Ulloas.

Alonso. (Sus mas encarnizados enemigos!)

Caballero 1.° De cualquier modo los designios de la plebe serian frustrados; pues acaba de recibirse la noticia de que la gente de guerra, que se acantonaba en Cádiz y en toda la costa del occéano, sube para Sevilla. Permitidme, Alonso, que os diga que no ha sido

prudencia en vos hacer causa comun con los revoltosos. Un pintor no debia, ni debe, mas que pintar.

Alonso. Todos los medios son buenos para salvar á un inocente.

Caballero 1.° Deponed toda esperanza, Alonso. Don César perece víctima de una combinacion fatal. El licenciado comendador (de quien no os querais acordar) es uno de los jueces de tan infortunado caballero, al cual odia de muerte por atribuirle el mismo comendador la de su padre, uno de los castigados en Nápoles por el duque de Osuna. El suplicio de don César es inevitable.

Caballero 3.° (*á Alonso*). Dadme licencia cortesana para hablar á este caballero. (*Habla algunas razones al* 1.°, *y se marcha por la izquierda.*)

Alonso. (Si ese comendador tiene espada y honra... no será el asesino de un honrado.)

Caballero 1.° (*á Alonso*). Se os señala ya como orígen del tumulto. Quiero que conmigo vengais á este salon de la izquierda, donde se hallan ahora las personas de mas valer de Sevilla, y donde es menester que con prudencia y tino disipemos las negras nubes que se van conjurando. Vuelvo por vos dentro de minutos. Esperadme aquí. (*Vase por el fondo.*)

Alonso (*despues de luchar con distintos afectos*). Los Ulloas dueños de la torre! -- Dios mio! -- Si vendrán á tierra mis mejores esperanzas! -- Nó sé qué partido tomar en este instante. -- (*Observando uno de los relojes de la sala.*) Pero aun es tiempo : aun puedo cumplir con el deber y con el honor.

Caballero 2.° (*á la máscara*). Voy, si me lo permites, á decirle dos palabras. Al punto seré contigo.

Máscara. Ve bendito de Dios, y no vuelvas. (*Vase.*)

Caballero 2.° (*saluda á Alonso*). Bravo estais, señor Alonso! Sepa el bueno de Alonso que le estimo en mucho.

Alonso (*reprimiéndose*). (*Pausa.*) Beso á vueseñoría las manos, por la merced que me hace.

Caballero 2.° Conóceme, por ventura? (*Vase paulatinamente despejando la escena.*)

Alonso. No, por cierto. Pero como entiendo los usos y ceremonias de cualquiera buena crianza, vengo á adi-

vinar que el que me habla de vos tendrá el tratamiento de SEÑORÍA.

Caballero 2.° Y así es la verdad. Soy el oidor Sarmiento. Mí mayordomo os encomendó la pintura de esta medalla ; y no quiero dilatar la recompensa de vuestros desvelos. -- Os dijo mí mayordomo que era para mí! Ya se deja adivinar en el esmero con que está concluida y retocada, y en el pincel tan fino con que la habeis pintado. Seis figuras tan pequeñitas...

Alonso. Yo no pinto para nadie, sinó para mi gloria. No veo nunca quien me manda, sinó lo que se me manda hacer.

Caballero 2.° ¿No estaría mejor el viejo con la cabeza... así... mas inclinada? ¿No sería de doble efecto este paño rojo que no azul? ¿Por qué se parecen las nubes tan oscuras?

Alonso. Hágame VUESEÑORÍA el obsequio de devolverme la pintura, puesto que no le aplace.

Caballero 2.° No, por San Pedro Arbües. La obra me parece grandemente: no tiene precio: es joya que conservaré como lo mejor de mi hacienda. -- Ahora, siquiera por satisfacer mi curiosidad, decidme en cuánto os dais por servido de vuestro trabajo.

Alonso. En otra ocasion, con mas espacio y gusto. Perdonadme en esta que me retire.

Caballero 2.° Son pequeñeces que tocan á mi mayordomo; pero que con vos pretendo zanjar yo mismo. Me honro en ello.

Alonso. Mañana se liquidará la deuda.

Caballero 2.° Ahora ha de ser.

Alonso. En otra ocasion.

Caballero 2.° Ahora. ¿Cuánto os debo?

Alonso. Dé VUESEÑORÍA diez y seis doblones para ayuda de costa, puesto que confiesa que no tiene precio la medalla.

Caballero 2.° Decís...

Alonso. Diez y seis doblones.

Caballero 2.° ¿Diez y seis?

Alonso. Justamente.

Caballero 2.° (*Pausa.*) -- ¿Y en cuántos dias se ha pintado la tal joya?

Alonso. En cuatro.

Caballero 2.° Segun vuestra cuenta, salis á cuatro doblones en cada uno.

Alonso. Muy mal contador es VUESEÑORÍA; porque mi vida toda la he consumido para saberlo hacer en ese poco tiempo.

Caballero 2.° Y yo, ni mas ni ménos, mi juventud y patrimonio en una universidad. Y hoy, hallándome oidor de Granada, en facultad mas noble, apénas contaré con un doblon diario.

Alonso. Facultad mas noble!! mas noble que la pintura!... (*Pausa.*) Atreveos á crear otro mundo, otras ciudades, otros seres, otra naturaleza: robadle la luz al cielo, el espacio al mar: parad el sol: hacer á los hombres vivir eternamente... -- ¡Facultad mas noble que la pintura!... ¿mas que aquella ante la que se humillan los poderosos, los propios cetros?!--Vosotros los demas hombres necesitais un titulo para ser algo, que os le dará tal vez un idiota. Nosotros tambien necesitamos un título; pero nos le da el genio, la admiracion de todos los pueblos, de todas las generaciones.-- ¡Y le teneis en ménos!! -- Oidores los puede hacer el rey, del polvo, del lodo de la tierra; pero tan solo Dios puede hacer un Alonso Cano. -- Dadme la medalla. (*Se la arrebata, y la pisotea.*)

Caballero 2.° ¿Qué habeis hecho?

Alonso. Lo que veis, CABALLERO.

Caballero 2.° Por otro estilo y con ménos escándalo nos satisfarémos mutuamente.

Alonso. El sitio, la hora...

Caballero 2.° Mas adelante. Quede esto aquí hasta mejor sazon... El santo tribunal pudiéraos tomar cuenta de tamaño arrebato...

Alonso. ¡El santo tribunal!!... Porque no le hay para los que pisotean la reputacion de un artista; para los que deshojan sus ilusiones; para los que apagan la llama de su entusiasmo...

Caballero 2.° Ese vuestro desacato, señor PINTOR, debria conquistaros un escarmiento. Pero como oidor os compadezco, como caballero os perdono, y como hombre...

Alonso. Como hombre debeis batiros conmigo.

ESCENA II.

DICHOS. BEATRIZ. CABALLEROS, *que han oido la pendencia y que conspiran á templar los ánimos.*

Beatriz (*al caballero* 2.°). ¿Qué alboroto es este, amigo mio? -- (*Á Cano.*) ¿Por qué es esta pendencia, Alonso? -- ¿Desde cuándo tales demasías?

Caballero 2.° Desde que el Greco, defendiendo la inmunidad de la pintura, sedujo á los grandes para que la admitiesen en sus saraos.

Alonso. Desde que, entronizados los cadalsos y las hogueras, hubo hombres que se creyeron dioses al lado de sus semejantes.

Caballero 2.° No me acusa la conciencia de haber dado causa á tan escandalosas demasías.

Alonso. Ni al hombre honrado, al hijo de sus obras, de su talento, que se contempla escarnecido.

Beatriz. Cuando dos riñen, los dos tienen la culpa. -- Os suplico, señor oidor, que me sigais al estrado. Os buscan vuestros compañeros para cierta consulta, y os aguardan para ir á la real audiencia.

Caballero 2.° Vos disponeis de mi alvedrío, sin poder yo hacer otra cosa.

Caballero 3.° (*á la máscara*). ¡Qué hombre mas dócil!

Máscara. Hay millares de personas que no son mas que lo que quiere que sean algun arrimadillo.

Beatriz (*que ha estado hablando con Cano, dice, señalándosele, al caballero* 1.° *que sale por el fondo*). Tratad de calmarle. -- Pronto seré con vuestras mercedes. (*Vase.*)

Caballero 3.° (*á la máscara*). Mucho me temo que los furores de este pintor le alcancen un remo, ó una penca.

Máscara No, hijo mio: pierde cuidado; que nunca azotan á los ladrones que tienen espaldas; y es grandísima la del conde-duque de Olivares. -- Sigue, vida mia, sigue con tu declaracion adelante; que con ella van siete las que he oido esta noche. Pero déjate de relámpagos y truenos; que soy muy asustadiza.

ESCENA III.

ALONSO. CABALLERO 1.º

Alonso. Cobarde! -- Orgullo y vileza!! -- La indignacion me ahoga. Dias hay en la vida en que el infierno se desata contra un desventurado; y hoy es el mas terrible de la mia.

Caballero 1.º En otra ocasion os pudiera ser mas contraria la fortuna. Algunos presos han alcanzado la libertad. La torre del Oro ha sido asaltada. Don César está libre.

Alonso. Don César! ¡Cómo, por Dios!

Caballero 1.º No malogremos tan feliz acontecimiento. Venid á esta cámara, y haced todo lo que yo os diga.

Alonso. Señor don Luis, ya el permanecer aquí me deshonraria. Vuelo al lado de don César.

Caballero 1.º Lo perderíamos todo. Ahora ceded á mis consejos; y contad despues conmigo para cualquier empresa.

ESCENA IV.

DON SEBASTIAN *y* EL CABALLERO 2.º *por el fondo: luego* MARGARITA *por la derecha.*

Caballero 2.º No teneis mas que decirme.

Sebastian. El rayo hiere apénas luce el relámpago: el castigo debe seguir al delito. Os aguardo, señor licenciado.

Caballero 2.º Descuidad, señor comendador. (*Vase saludando á Margarita, que entra.*)

Margarita. (¡Otra vez ese hombre!)

Sebastian (*) (*con galantería afectada*). Margarita! -- ¿Sois vos, señora mia? No imaginaba tanta ventura como la que á toda prisa miro asomarse por estas puertas. -- Las pretensiones que hasta aquí os conducen, no se estienden sinó á conseguir la licencia deseada para

---

(*) El actor que desempeñe este carácter, tiene que luchar con las dificultades que presenta el de un hombre cuyos sentimientos estan en oposicion con sus palabras.

abrazar á vuestro padre, á quien nunca se os ha consentido ver en la prision. Quiero evitaros empachos y molestias: quiero constituirme yo propio en procurador y agente vuestro cerca del señor asistente; porque pensar que doña Luz de Vargas os escuche cuando baila con el capitan Céspedes, es pensar en lo escusado. -- Dad tregua á vuestros disgustos y pesares: á los que muy en breve me prometo poner cima y término por mí mismo; que el señor asistente no ha de tardar en volver, puesto que no se halle en casa. -- Vuestro empeño debe ser mio esclusivamente, hermosa Margarita. -- Oh! empezar salvando á un desgraciado, en el momento de anudar antiguos afectos, es entrar con muy buen pie en la carrera del amor.

Margarita. (Estoy á todo resignada, Dios mio!) -- Si vuestras palabras son sinceras; si algun rayo de compasion es capaz de abrigar vuestro pecho, y comprende el valor de los sacrificios que me obligais á hacer, - salvad únicamente á mi padre. -- En vano pretendo alcanzar la causa que os arrastra á forzarme á quereros... cuando sabeis que jamas os puede hacer feliz mi cariño. -- Pero si no es un mezquino impulso, si en esa aficion hay algo de noble y generoso, - no me hagais apurar hasta las heces la copa de los padecimientos. -- Apénas me atrevo... á exigir de vos un favor... Ya veis cuán unidos se creen nuestros corazones, cuando tiembla el mio solo al pensar que os quisiera pedir una gracia!!

Sebastian. ¿Y cuál os negaria yo nunca en albricias de tanta gloria como consigo? Deponed, Margarita hermosa, todo sobresalto. Es verdad que mi repentina aparicion ha debido sobrecogeros; (*con malicioso sarcasmo*) como que destruye tantos ensueños deliciosos! Es indudable que os habrán estremecido mis amenazas, mi terrible empeño por poseer vuestros hechizos. Pero todo se le debe perdonar al hombre que te amó en los primeros años de su juventud; al hombre para quien fuiste un cielo de luz y de felicidad. -- Mi genio vivo, lijero é inconstante, es cierto que no te hizo muy dichosa... lo conozco. Pero ¿dónde hallar el freno que reprima el veleidoso ardor, la fuerza del vivir, el ansia de gozar, que hierve en nuestros pechos en la

mañana de nuestra edad florida? Ese volcan que nos ciega y nos consume, se va apagando poco á poco, hasta que la cabeza subyuga todas las pasiones. Yo, Margarita, te amo hoy con el entusíasmo y buena fe de un niño, y con la energía y decision de un hombre.-- ¿Recobras la confianza? ¿Estas ya tranquila? Pídeme cuanto quieras... pedir no, mandar.

Margarita (*con entusiasmo*). Ah! ¿es cierto? ¿Me concederéis cuanto os pida?

Sebastian. Cuanto pidais. -- Venid, hermosa mia: sentaos aquí (*señalando el sofa de la derecha*); y permitidme que yo me acerque á vos... con temor y respeto. -- ¿En qué puedo ocuparme para complaceros, señora? Desearia que tuvieseis infinito que pedirme, y yo el poder de Cárlos V., para concederlo todo.

Margarita. Creo ingenuas vuestras razones; y voy á ser ingenua tambien. -- Cuando tan de improviso os vi entrar en mi cámara, sentí conjurarse contra mí los mayores males del mundo: os temí, como el débil navegante la furia del alborotado mar: (*con empacho*) recelé de vuestros sentimientos... Vos lo habeis indicado: nunca labrasteis mi dicha; os complacíais en verme padecer; me hicísteis imaginar que el amor era un infierno de esclavitud y de lágrimas... Vos lo habeis dejado traslucir tambien. Os creí siempre vengativo, impasible, poco generoso... No, no; ya creo todo lo contrario. Me arrepiento, porque fui injusta con vos. -- Habeis dicho bien: los pocos años son una vida; los de la razon otra muy diferente.

Sebastian. Me embelesais con tanto candor. Sois inocentísima como una niña. Doime á mí propio el parabien por el tan ventajoso concepto que he sabido inspiraros. De este concepto al amor no hay sinó un solo paso; y la buena fortuna quiere que la tenga buena para completar la obra. ¿Con que ya no me aborreceis?

Margarita. No, señor.

Sebastian. ¿Y vuestro corazon se conoce inclinado á preferirme de nuevo? (*Pausa.*) -- ¿Qué me decis, bella Margarita?

Margarita. Despues de los nobles sentimientos que he visto resaltar en vuestra alma, debo esperar de vos...

Sebastian. ¿Imaginaríais, tal vez, que yo fuese tan des-

prendido que dejase neciamente perder toda la dicha que la suerte me acaba de conquistar?! No hay que pensar en ello. Si el olvidaros, Margarita, era lo que exigíais de mí, exigíais un imposible. Decidle al sol que no alumbre; á las estrellas que no brillen; á mí que no ame.

Margarita. No era, en verdad, ese el grande favor que os suplicaba. Y ahora me temo que tampoco me le concederéis.

Sebastian. ¿No era ese?

Margarita. No, don Sebastian.

Sebastian. Entónces le teneis concedido.

Margarita. Si? Decídmelo; decid...

Sebastian. Sí: le teneis concedido.

Margarita. El sentimiento de gratitud que arderá eternamente, eternamente, en mi seno, semejará al amor. Besaré la tierra que piseis; seré vuestra esclava... Ah! no me lo negueis, por Dios.

Sebastian. Te lo concedo... como esté en mi mano el concederlo.

Margarita. Don Sebastian... lo habeis confesado... solo vos sois el depositario de los documentos que pudieran perder á mi padre... (*Duda de temor y deseo.*) ¿Quisiérais dármelos?

Sebastian (*con afabilidad*). Todo, ménos eso, Margarita. Y entended que, con tan estraña súplica, me injuriais en mucho, imaginando de mí otra cosa de lo que de mi hidalguía y sentimientos debe prometerse.

Margarita. No lo tomeis á injuria... no os injurio yo... Os creo caballero, honrado, compasivo... Pero una angustia, una inquietud me sobresalta... Por vos, don Sebastian, no recelo mal ninguno; pero... miéntras existan esas pruebas, la vida de mi padre pende de un cabello... Exigid de mí, en cambio, todo género de sacrificios... Os amaré... Os seguiré como una herrada por todo el mundo... porque no sabeis qué sacrificios es capaz de hacer un hijo que adora en su padre. Yo, que no conocí nunca á la que debí la existencia, reconcentré en mi padre el cariño de los dos. Mas ¡ay! desde que vi la luz del dia, la he columbrado siempre al traves de la turbia lágrima del dolor.

Sebastian. Abandonad esas ideas tristes: confiad en el cariño que hácia vos me arrebata. Por lo demas, estad tranquila.--Pensemos únicamente en nuestros amores; en aquellas horas en que, tierna flor que se levanta erguida al nacer la aurora de un risueño dia de primavera, os vieron por la primera vez mis ojos. Recordemos aun aquellas lágrimas, flores azules que presagiaban instantes dulcísimos de reconciliacion y de entusiasmo; aquel esperar, en las rejas de vuestro jardin, que las deshojadas rosas, matizando el cesped, indicasen que os debia hablar aquella noche... (*A Beatriz, que se les ha ido acercando por detras del sofá hasta tocarle á don Sebastian en el hombro.*) Oh! no diréis que no estoy enamorado!!

ESCENA V.

DICHOS. BEATRIZ.

Beatriz. Es verdad!! Quietos!--Un papel poco airoso me toca en esta famosísima comedia del gran Lope; y, si he de blasonar de discreta, debo no ser importuna para con los amantes.--Celebro la eleccion, Margarita; y me retiro.--El comendador es bizarrísimo: ganais en el trueque.--Quedad con Dios.

Sebastian. Nada ménos que eso. No hay placer si no es comunicado; y no hay gloria perfecta si tal no les parece á nuestros primeros amigos.--Me cabe la de presentaros el ángel de mis amores.

Margarita. (¡Qué vergüenza, Dios santo!)

Beatriz. Sabeis sostener una chanza con facilidad y desenfado. Le dais á vuestras palabras un tinte de aparente verdad, que otra estimaria esta farsa de sarao un galanteo formalísimo.

Sebastian. Haréis mal en no creerlo así.

Beatriz. ¿Margarita Velli el ángel de vuestros amores?!

Sebastian. Margarita Velli.

Beatriz. ¿Cuando esta señora debe casarse, dentro de muy pocos dias, con el célebre pintor Alonso Cano?--(*A Margarita.*) Perdonad la imprudencia de descubrir vuestro secreto; que no lo es para nadie sin embargo.

Sebastian. Ni para mí tampoco. Pero nuestras relacio-

nes datan de mas antiguo: desde nuestros primeros años. La casa del padre de Margarita, contigua á la mia, dió ocasion harta á que renaciesen los tiempos de Píramo, y á enlazar nuestras almas con nudos indisolubles.

Margarita. (¡Cuánta humillacion, Dios mio!)

Sebastian. Hablad, hermosa Margarita; que estan padeciendo duda mis palabras. Hablad. -- (*Apretándole la mano.*) ¿No es cierto?

Margarita. Sí... señora.

Beatriz. Así me place. ¡Y tanto silencio y reserva para los amigos! No hay como tener veinte y seis años y ser bonita. La vida, á esta edad, es una novela de encantamientos!!! -- Ya se me hacia duro de creer que la cordura y frenesí con que decíais amar á Alonso Cano era todo oro, sin que su poco de presuncion fuese á la parte! Habeis hecho mal en tener secretos para mí; porque no sabeis lo que vale una buena amiga para una enamorada de veras.

Sebastian. Oh! no tiene precio! Créeme, alma mia.

Beatriz (*á Margarita*). ¡Si todavía no quiero creer que ameis á don Sebastian! Vamos, aquí se encierra algun misterio... (*Cogiendo un sitial, y sentándose cerca del camapé.*)

Margarita. Sí, un misterio terrible...

Sebastian (*aparte á Margarita*). (Silencio! Una indiscrecion... Ved por que no os daré las pruebas.)

Margarita. No... no hay misterio... ninguno...

Beatriz. ¿Y por qué le olvidásteis?

Margarita. Le creí muerto...

Beatriz. Y á muertos y á idos... -- Gran valor teneis cuando os decidis á arrostrar el despecho de vuestro pintor, que os amaba, como no suelen amar los hombres, con sinceridad é idolatría.

Margarita. (¡Desgraciado!)

(*Alonso aparece en la escena, sin ser visto por los interlocutores.*)

Beatriz. Me parece bien. Caigan en el pecado del consentimiento, y lleven luego el varapalo del desengaño.

Sebastian. Beatriz! No diríais mas si fuéseis mi mayor enemigo! Dejad tales reflexiones, y venid á mi triunfo; que me huelgo de veros testigo de mi felicidad.

He aqui á la mujer para quien he nacido.--¿Me amas, Margarita?

Margarita. No os aborrezco... (*A una mirada de don Sebastian.*) Os... amo.--(*Al oir á Cano.*) Ay!!!

ESCENA VI.

DICHOS. ALONSO. *Poco despues* CABALLERO 1.°, *y luego el 3.° por la izquierda. Despues* CABALLEROS, SEÑORAS, *y* MÁSCARAS *por el fondo.*

Alonso (*fuera de sí. Sonrisa de sarcasmo*)...--Una corona de laurel para el gran pintor; una cruz para el caballero: pinceles para mí. Quiero retratar á un fatuo: quiero retratar á una falsa, á una perdida, á una noble señora que se iguala con la mas baja y mas vil de las mujeres. Sí, sí; vengan mi paleta y mis colores. Pintemos la virtud con las lágrimas en los ojos, con la mentira en los labios, con veneno en el corazon. Pintemos el orgullo de la ignorancia, el descaro de la fatuidad, y la impudencia de un infame. Sí, sí: palabras honradas, venid para los maldicientes; honores, venid para los asesinos; adoraciones, venid para los cobardes... (*A los caballeros que entran por la izquierda.*) Esto es, señores, un cuadro que me ha ocurrido; es una misteriosa alegoría qne puede hacerme inmortal... Traedme lienzos, pinceles; traedme coronas de laurel, aureolas de luz...

Margarita. (¡Triste de mí, que esta desventura me faltaba!)

Sebastian (*acercándose á Cano, que le aguarda con la vista desencajada*). ¿No sabeis que hay hombres que para hacer ver que son caballeros no es necesario insultarlos?

Alonso. No sois caballero.

Caballeros 1.° *y* 3.° Señores!... (*Beatriz se les acerca y habla.*)

Sebastian (*en voz baja*). ¿Soleis pasear temprano por el campo de la Caridad, á las orillas del rio, junto á la torre del Oro?

Alonso. Esta noche.

Sebastian. El caballero, cuanto mas ofendido y enojado, tanto mas reportado y dócil debe mostrarse.

Alonso. Estoy tranquilo... Mañana á las seis.

Margarita (*echándose á los pies de Alonso, en el estremo de la afliccion*). Alonso!

Alonso (*apartándola de sí, y dirigiéndose á los que entran por el fondo*). Acudan vuestras mercedes á socorrer á una noble y virtuosísima señora, que demanda vuestros consuelos. (*Vase por el fondo.*)

ESCENA VII.

MARGARITA. BEATRIZ. DON SEBASTIAN. CABALLEROS 1.°, 2.° *y* 3.° DAMAS, MÁSCARAS, *etc.*

(*Margarita, Beatriz, don Sebastian, y el caballero* 2.°, *que ha entrado por la derecha, - forman grupo á este lado. Al otro los caballeros* 1.° *y* 3.°, *y algunas damas, etc.*)

Caballero 2.° (*á don Sebastian; pero de forma que lo oigan los de su grupo*). (*Momento de grandes sensaciones en Margarita.*) La torre del Oro fué, como recelábamos, embestida con furia por el alborotado populacho, que logró libertar de las prisiones á don César. En medio de la gritería y algazara desapareció el criminal á nuestras pesquisas; mas en este momento se le acaba de sorprender embarcándose en el Guadalquivir, y ya por fin se halla otra vez cargado de cadenas.

Caballero 1.° (*acercándose al otro grupo*). Pero ¿qué es lo que ha sucedido aquí?

Varios. Sí, sí: ¿qué ha sucedido?

Sebastian. Para mí es nuevo cuanto pasa.

Beatriz. Es muy sencillo. La señora Margarita Velli ama al caballero comendador, y no al pintor Alonso Cano, como se creia este mismo y creiamos nosotros; y el genio é ímpetus del artista dejan adivinar lo que me es escusado decir.

Caballero 1.° (*con indignacion*). ¿Es cierto?

Caballero 2.° (*con malicia*). Don Sebastian!!

Sebastian. Señores, me veo en un compromiso terrible. Cuanto sucede me coge de sorpresa...--Agradezco en mi alma el cariño de esta señora; pero siento no poderle pagar en la misma moneda. Mi corazon tiene otro dueño; y, ademas, despues de tan estraña y ligera mudanza, y de lo que della puede comentar el mundo, sería yo un loco en parecer agradecido.

Margarita. Don Sebastian!! Sois un infame.

Sebastian (*bajo á Margarita*). Tu padre asesinó al mio en Italia: tú me olvidaste. Me he vengado de la mujer veleidosa: ahora me toca vengarme del asesino.

Margarita. Ah!



Acto cuarto.

Obrador de Cano. Puerta al fondo. Las de las habitaciones interiores á la izquierda, cubiertas de tapices. Ventanas á la derecha, sobre el rio. Todo aparece en el mayor desórden: lienzos rotos, etc. La espada, ferreruelo y sombrero de Alonso arrojados sobre un sillon, cerca de la izquierda. Empieza á brillar el dia.

ESCENA PRIMERA.

ALONSO. LEONARDO.

(*Aquel consternado en un sitial: el otro á su lado, apoyando su mano sobre la silla en que se encuentra Alonso.*)

Leonardo. Razon te asiste, Alonso; razon para todo.--Repórtate, hijo mio, sin embargo; y no me niegues esta nueva gracia.

Alonso. Leonardo, te concedí la primera: no me hables siquiera de esa otra. Acabo de prestar oido atento á lo que te ha parecido decirme en defensa de esa desconocida. Y ¿aun no lo estimas bastante?--Déjame ya: quiero estar solo. No me digas mas: quiero estar solo. (*Levántase, y vaga por la estancia.*)

Leonardo. Pasado el primer ímpetu de la ira, le toca hablar á tu buen corazon únicamente.

Alonso. Te cansas en vano.--Déjame, déjame por fin.--¿No me aconsejas que debo concluir esos lienzos; pagar á mis acreedores? ¿No es verdad que no tengo dinero? Pues bien: ya es de dia. Vamos á trabajar... porque he nacido esclavo: vamos á pintar, cuando

mis manos tiemblan; á meditar, cuando el despecho me ahoga; á crear, cuando mi frente se hace pedazos. --Si no concluyo estas obras, me desacreditarán los hombres; se mofarán los maldicientes; se asombrarán los honrados; me despreciarán todos. ¡Injustos que no conoceis que hay tempestades y borrascas en el alma que echan grillos á la voluntad y aprisionan el entendimiento! Y entónces, ¿para qué es el genio?!! (*Preparándose para pintar.*) ¿Qué has hecho con estos colores? ¿Por qué no estan limpios estos pinceles?... ¡Es mucho abusar de la consideracion que te tengo!... ¿No merezco yo ninguna?... Todo trastornado... Esta paleta... -- Yo no puedo pintar: no puedo (*tira los pinceles*). -- Di á mis acreedores que mi palabra es sagrada... que esperen... lo que te parezca. (*Se vuelve á sentar muy consternado.*) -- ¿Aun no te has ido, Leonardo? ¿Qué esperas aquí? (*Vuelve á levantarse agitadísimo.*) -- ¿Ha parecido Berto? ¿Los caballos estan enfrenados, dispuestos? Es preciso que yo parta muy pronto. Es fuerza que yo abandone la ciudad... -- Tú me alcanzarás en el monasterio de Buenavista. Entre tanto busca á don Luis; á ese buen amigo que me defendió cuando no me conocia, que me amó despues, y me aconsejó siempre. Manifiéstale cómo el conde-duque de Olivares me llama á la corte, á su lado, con el título de maestro de dibujo del príncipe don Baltasar: suplícale que tome á su cuenta mi nombre y mi decoro. -- No veo el instante de abandonar á Sevilla; de verme léjos de esa... mujer! Léjos... muy léjos... -- Amaré lo que se puede amar santamente... la virtud, la religion, la gloria... La gloria! la gloria!! Llamad á Alonso Cano el Miguel-Angel de Andalucía: decid que dibuja como los antiguos y pinta como los venecianos... Pero entrad dentro de su pecho. Trocaria tanto oropel, tanta lisonja, por la paz de un jornalero. Ah!

Leonardo (*señalando á la izquierda*). Mira: á cincuenta pasos de esa ventana, la torre del Oro se levanta sobre las ondas del Guadalquivir. Observa cuantos soldados custodian á un hombre. Tiende la vista por este campo de la Caridad tan solitario... Ahora resuena en él únicamente el murmullo del rio... Luego!!!... --

Alonso! ¿no queda en ese pecho compasivo y noble un destello de cariño... de lástima siquiera, para una mujer muy desventurada?!

Alonso. La aborrezco. Todo el amor se ha trocado en odio. No me la nombres nunca. ¿No te he escuchado toda la noche?... -- Dios mio! -- Soy solo en el mundo.

Leonardo (*con cariño*). No; no eres solo.

Alonso. Leonardo!

Leonardo. No, Alonso mio; no eres solo.

Alonso. Es verdad. Te tengo á ti, mi buen Leonardo; á ti, que sufres mis reconvenciones injustas, y despues me halagas y acaricias. ¡Buen Leonardo! (*Se abrazan.*)

Leonardo. Otro ser hay mas desvalido, mas solo, y mas infeliz: que gime, y no oye una sola palabra de consuelo; que llora, y no tiene quien enjugue una de sus lágrimas...

Alonso (*con acento singular*). Y... ¿qué se dice hoy de don César?

Leonardo. ¡Pobre Margarita! Los hombres la deshonran, la infaman con impiedad; y ni aun su padre puede decirle « ¡hija mia! » -- ¡Pobre criatura!... Marchita, desesperada, medio loca, ha pasado toda la noche en esos miradores... anhelando le escuches una sola palabra... Yo no te pido que lleve don César al sepulcro la esperanza de tiempos mas tranquilos y dichosos para su hija... te pido que la perdones, que la veas... Te lo ruego por ese mismo tan puro amor que le has tenido... Da crédito á mis razones. Las aprendí de los labios de esa desgraciada, en unos momentos en que el alma rebosa en ellos; en que no se puede mentir.

Alonso (*luchando con fuertes y encontrados sentimientos*). Calla!... Calla! -- ¡Con qué pesadez caminan las horas! -- Berto. -- Berto. (*Á Berto, que sale.*) ¿Estan ensillados los caballos?

Berto. Sí, señor

Alonso. ¿Estan cargadas las pistolas?

Berto. Las dos estan cargadas. (*Le entrega dos cartas.*)

Alonso. ¿Qué cartas son estas?

Berto. Ya hace rato que las trajeron; pero como dispusísteis que nadie penetrara en este aposento, no he visto ocasion de entregároslas.

Alonso. Espérame con los caballos en la puerta del jardin. ¿Lo oyes? Cerca del bosque.

Berto. Aguardaré, señor. (*Vase por la puerta del fondo, dejándola abierta.*)

Alonso (*lée*). «La desgracia es la piedra de toque de los leales amigos. Quiero dividir con Alonso Cano la que amarga su existencia. Dentro de minutos partirémos para Granada. = Beatriz.» -- Finezas!... Engaños! Mentiras! --Partiré, sí; pero donde todo para mí sea nuevo; donde nada me recuerde la infamia y la perfidia. -- (*Lée con sorpresa la otra carta.*) «Hay hombres que viven con mas anticipacion que otros, y que no se satisfacen si no atan y preparan los sucesos. Aunque el consignar solemnemente en la real audiencia los crímenes de César Velli, á fin de que no se liberte en ningun caso del castigo, y probar la complicidad de Alonso Cano en los alborotos de anoche, pudiera quitarme el gusto de ser el primero en la cita, -no creais que faltará nunca á ella quien se precia de exacto y caballero. =Don Sebastian.»

Leonardo. ¿Lo comprendes ahora todo? ¿Me crees ya?

Alonso. Yo no comprendo nada.

Leonardo. Pero... ¿esa cita... es un desafío?

Alonso. Y bien!... Un desafío á muerte.

Leonardo. (¿Aun no era bastante, cielo santo?! ¡Un desafío!--Es necesario evitarlo á toda costa.) Voy á ver á don Luis. (*Á Margarita, que aparece en el fondo.*) Acercaos, señora.

ESCENA II.

ALONSO. *Despues* MARGARITA.

Alonso (*leyendo*). «...Consignar solemnemente... los crímenes de César Velli!...» --¿Será cierto?... No! Pretendo engañarme á mí propio...--¡Margarita aquí!! (*Grande pausa.*)

Margarita. Aih!! (*Se arroja á los pies de Alonso, anegada en lágrimas. Momento de silencio, de sensaciones vivísimas. Cano, muy agitado, vacila entre huir y ultrajar á Margarita. Esta no se levanta de los pies de Alonso, ni cesa de llorar.*)

Alonso. ¿A qué venis... (*con mal fingida serenidad*) señora...?

Margarita (*cogiéndole una mano con las suyas, é inundándola en llanto*). Alonso...! (*pausa*) Alonso!

Alonso (*abatido*). ¿Qué quereis (*pausa*)? (*Con mas nervio.*) ¿Qué quereis?

Margarita. Vuestro perdon.

Alonso. Por qué?!!

Margarita. Vuestro perdon.

Alonso. Perdonada estais.

Margarita. No, no me digais, por Dios, eso!... Oidme. No me condeneis tan pronto...

Alonso. ¿Vienes á ver, por ventura, si vierten sangre las heridas que me has abierto en el corazon? -- ¿Anhelas quizá que representemos una farsa, teniéndome por tan crédulo y dócil que pueda decirles á mis ojos que mienten? ¿O pretendes, tal vez, que dé suelta yo mismo á ocultos sentimientos que á ambos nos fuera mejor reconcentrar? -- Dime presto á lo que vienes, para que no nos amarguemos el uno al otro con nuestra presencia.

Margarita. Piedad, piedad de mí.

Alonso. ¿Y de mí quién la ha tenido?

Margarita (*en el estremo de la afliccion*). Aih!... Alonso!

Alonso (*levantándola con despecho*). Lágrimas! lágrimas no mas! Ese es vuestro recurso! ¿Creeis que ellas pueden lavar las manchas que echais en nuestra honra?!! Llorad ménos; fingid ménos. Engrandeced vuestra alma: adquirid virtudes, aprendedlas; y escitad ántes la ira que la compasion.

Margarita. Dejadme llorar!

Alonso (*despues de alguna pausa*). Y ¿cuál es la culpa vuestra para que lloreis?! El culpado yo, que me desentendí del puesto en que las vanidades del mundo me habian colocado. Yo, pobre pintor, que no debí nunca salir de mi esfera, á riesgo de no hallarme bien en parte alguna. Jamas debí olvidar que mi clase era muy distinta de la de Margarita Velli. Las flores rústicas desdicen en los jardines de los reyes. Oh! esto lo tenia yo muy merecido. Vos no habeis hecho sinó lo que os tocaba hacer: sufriré lo que me toca sufrir. Yo no debí nunca pensar en vos. Vuestra vida, vues-

tras opiniones, vuestras costumbres se avienen mal con las de un pobre artesano. Para mí es desconocido el engaño, la intriga, la mentira. Nosotros no disfrazamos los afectos de nuestra alma; ni encubrimos con la risa de los labios la hiel que la devora. Yo no conozco esa armonía de las palabras que seduce vuestros oidos... yo no sabia mas que pintar. Vosotros aguzais el ingenio para deslumbrar al siglo, para engañarle: nosotros le enriquecemos dando vida á los lienzos, á las piedras, al bronce. Vosotros tirais á los ojos un puñado de arena: nosotros centellas de luz al corazon. ¿Cómo pues, Margarita, habian de unirse dos seres tan opuestos?

Margarita. Cálmate, Alonso: óyeme...

Alonso. Estoy tranquilo. ¿Me habeis visto alguna vez mas tranquilo?

Margaria (*afligidísima*). Soy muy desgraciada, muy desgraciada.

Alonso (*con sarcasmo*). Acudid á ese caballero apuesto, gentil y bizarro, lleno de condecoraciones y títulos... Ahora quizá estará, por el instante, resentido con vos; pero cederá pronto. Es muy condescendiente y galan...

Margarita (*desesperada*). ¡Tantos sueños de felicidad desvanecidos en un solo momento! -- Óyelo, óyelo todo.

Alonso. No os canseis... Conozco lo que quereis contarme. Me diréis que era preciso comprar la vida de vuestro padre...

Margarita. Sí, muy cara.

Alonso. Sacrificar al hombre alucinado, que se desvivia por vos; desgarrarle las entrañas; avergonzarle ante todo el mundo...

Margarita. Sí, era preciso!

Alonso. Y esa mujer que juraba tanto amor, esa mujer que era tan amada, ¿por qué no correspondió á su amante, sin reserva ni secreto alguno? ¿por qué no le confió sus penas, y buscó en él lícitos consuelos? ¿por qué no le dijo «sufre, pues yo sufro, y goza solo cuando yo pueda gozar»? -- Oh! este hubiera sido un rasgo de candor... Pero en un alma gastada no se puede concebir!... (*Á un movimiento de Margarita.*)

Callad, y bajad los ojos. -- Así que el preferido amante os dejó burlada, teneis descaro, teneis atrevimiento para presentaros á mi vista, para forjar quizá una sentida novela... -- Callad, y bajad los ojos.

Margarita. Alonso! Alonso!... Todo es una trama infernal... -- Esta pasada noche se apareció de repente ese hombre en mi casa.

Alonso (*con sarcasmo*). Señora!!

Margarita. De repente en el palacio de doña Luz de Vargas.

Alonso. Señora!!...

Margarita. Él era juez de mi padre; su mortal enemigo...

Alonso. No es verdad. Ese hombre era pintor: yo le desafié un año hace; yo le inutilicé para siempre. Decidme... (quizá tendréis atrevimiento para negarlo) ¿no habeis amado nunca á ese don Sebastian?

Margarita. Sí; creí quererle un tiempo.

Alonso (*sacando varias cartas*). Mirad estas cartas. ¿Es vuestra letra?

Margarita. Sí.

Alonso. ¿Son para mí estas cartas?

Margarita. No.

Alonso. ¿Fueron para vuestro marido?

Margarita. Tampoco.

Alonso. Mujeres!! Mentis cuando nos jurais amor, fidelidad, entusiasmo... Mentis cuando nos asegurais que sois dichosas... Mentis á vuestros padres, á vuestros hermanos, á vuestros maridos, á vuestros amantes. Sois una pura mentira.

Margarita. ¡Tambien habia de oir eso de tus labios! -- ¡Ah, si se pudiera nacer dos veces! ¡Si cuando el corazon de una pobre mujer está puro; cuando la perfidia, la seduccion, el engaño aun no le han marchitado, - encontrase el otro corazon para el que habia nacido! Alonso! diez años diera de mi vida por haberte conocido ántes. -- ¿Quién te ha dado esas cartas? Aquí hay un plan inicuo... Apénas me acuerdo yo de esas cartas... Era libre cuando las escribí: no me sonrojarán... Pero alguien se complace en separarnos. ¿Qué misterios son estos? ¿qué te han mentido? ¿qué es esto? ¿qué te han dicho?

Alonso. A lo que me contaron no di crédito alguno; porque una boca tenia únicamente derecho para convencerme, y esa era la tuya. Sí: yo no queria creer, porque no queria dudar. Fué menester que mis ojos me convenciesen.--Estas cartas... Yo le vi á tu lado... Yo te oí, pérfida... En fin, basta. Nada hay ya de comun entre nosotros: nada. Tus palabras no me alucinan; tus lágrimas no me seducen... Yo te aborrezco, y quizá... quizá no te amé nunca.

Margarita. Calla... calla... Es mucha crueldad con quien no sabia otra cosa que pensar en ti, que idolatrarte... Aih!... Alonso! No exijo ya que seas mi esposo, sinó que no me aborrezcas. Yo te juro... por la salvacion de mi madre... que jamas te he ofendido. Niña inocente, serví de pasatiempo á ese perverso; mujer honrada, estimé á mi marido; libre, te amé á ti con toda mi alma... Sí; y aunque me aborrezcas, yo te amaré hasta el último suspiro!... A ti ahora; y despues solo á Dios. -- Yo te lo juro: lo que has visto es la venganza de un infame... -- Bien conozco que es imposible ya... que vivamos unidos... La inquietud, la desconfianza labrarian nuestra infelicidad... Yo debo aislarme, huir de esa sociedad que con el dedo me señala; pero... no quiero llevar tu maldicion sobre mi frente. No te he ofendido, Alonso... Dame el último á Dios, y compadéceme siquiera.

Alonso (*muy conmovido*). ¿Y crees que no eran tambien mis ilusiones vivir contigo, abrasarme en tus ojos? (*Empiezan, á lo lejos, á sonar las seis.*) Pero... dices bien... es imposible ya. No quiero sinó morir. Busco la muerte como el único bien.

Un criado (*que entra*). La señora Beatriz acaba de bajar del coche: le hemos hecho presente que no estábais en casa, y dice que nadie puede impedirle que os aguarde y vea.

Alonso. A Dios... A Dios para siempre. (*Vase el criado.*)

Margarita. No me abandones así. ¿Hasta ese punto te es enfadosa mi presencia? Una palabra de compasion. Una sola palabra...

Alonso. Nunca.

Margarita. Aih! (*Cae muy abatida en un sitial.*)

ESCENA III.

MARGARITA. BEATRIZ. UN CRIADO.

Beatriz (*en el fondo*). ¿Y Leonardo?
Criado (*entrando*). Tampoco se encuentra en casa. Tal vez en la de don Luis de Guzman, el amigo intimo de mi señor.
Beatriz. ¿Ha recibido tu señor una carta mia?
Criado. Sí, señora.
Margarita. (¡Doña Beatriz!)
Beatriz. Es fuerza buscarle por todas partes: que yo le vea dentro de media hora á mas tardar. La vida de tu amo corre no pequeño riesgo.
Margarita. (¡La vida!...)
Criado. Volaré al momento, señora, en busca suya.
Beatriz. Registra esas habitaciones que tienen puerta al jardin y á la antesala. (*Entra el criado á las habitaciones de la izquierda. Luego se le ve cruzar por la puerta del fondo.*)

ESCENA IV.

MARGARITA. BEATRIZ.

Margarita. ¿De qué peligros hablais, señora? ¿Qué daños son de temer?
Beatriz. Oh! ¿Margarita?!
Margarita. Decid: ¿por qué está amenazada la vida de Alonso Cano? Decid.
Beatriz. ¿Vos aquí, Margarita? ¿Qué haceis en este paraje?
Margarita. Decidme: ¿por qué peligra su vida?
Beatriz. Nadie mejor que vos conocerlo debiera; vos que tan singularmente acabais de recompensar sus oficios.--Desde luego que Alonso Cano se arrojó con los sediciosos á salvar á vuestro padre, no era dificil de adivinar que, frustrados sus intentos, debia esperar una acusacion, una cárcel, y una sentencia de muerte.
Margarita. Dios mio!
Beatriz. El auto de prision estendido se halla; y no se pasará una hora sin que ocupen toda la casa los ministros de justicia.

Margarita. Dios mio!

Beatriz. Por fortuna el infeliz artista no se encuentra tan desamparado, que no cuente con una persona dispuesta á arrostrar toda persecucion y desgracia por salvar al genio de las artes, la joya mas preciosa de Andalucía. Ved cuán estraño contraste formamos las dos! Ved aquí el mundo, enamorada Margarita. Yo, pobre solterona (como vosotros decis), sin el menor espíritu de ambicion ni de egoismo, velando siempre por la ventura de un hombre de quien no espero nada; y vos, que érais el blanco de sus ilusiones dulces y deliciosas, os complaceis en írselas deshojando una por una. Ved aquí el mundo.

Margarita. Pero vos, señora, no lo estimaréis así. No seréis tan injusta conmigo. Me conoceis bastante; y nadie mejor que doña Beatriz puede esclarecer mi inocencia: (*en este momento se ve á Leonardo en el fondo, muy conmovido y en la mayor irresolucion. Recorre con la vista la estancia toda, y oye con atencion á Margarita.*) doña Beatriz, que oyó en mi casa anunciar al licenciado comendador, y escuchó de mis labios que me era desconocido tal sugeto; doña Beatriz, que me vió suplicarle á ella misma no me dejara sola. (*Leonardo cruza por el fondo, en direccion contraria de la que se notó en el criado.*)

Beatriz. Permitidme os replique me creeis poco avisada haciéndome ignorar que, en casos de tal naturaleza, si tratamos de fingir, lo hemos de hacer con todas las vislumbres de verdad posibles.

Margarita. Mas, en las escenas que presenciásteis en el palacio de doña Luz de Vargas, la fria calma del comendador, la palidez de mi semblante, el caer de mis ojos, el temblor de mis labios ¿no os revelaban encerrarse allí en todo un misterio terrible?

Beatriz. ¿Y quién me asegura que no pudieran ser la vergüenza y los remordimientos causa de aquellas novedades?

Margarita. Ya veo que todo el mundo se conjura contra mí. ¡Dios mio! dadme resignacion!

Beatriz. Pero ¡Alonso, que no acaba de llegar!

Margarita. ¿Cuál es su suerte? ¿Qué vais á hacer de ese hombre? ¿qué vais á hacer?

Beatriz. Huir con él, ahora mismo, de Sevilla.
Margarita. ¿Alonso partir con vos?!
Beatriz. Sí, conmigo.
Margarita (*despechada*). ¿Con vos?
Beatriz. Conmigo.
Margarita. Lo adivino todo.
Beatriz. ¿Me teneis por vuestra rival?
Margarita. Os creo ya el orígen de todas mis desgracias.
Beatriz. Pues bien; lo habeis dicho. Vuestra rival soy. Vuestra rival, que os arrebata vuestro ídolo; que venga cien injurias con un solo golpe. Ya estamos las dos frente á frente: ya tenemos los velos á un lado: ya no hay fingir. Ha llegado la sazon que yo anhelaba por un año entero; la de completar mi venganza. He de haceros beber la desesperacion. -- Estamos frente á frente: vos lo que se llama una mujer pálida, de ojos humildes, y de voz apagada; una virtuosa y honestísima viuda de negras tocas y de grande recato: yo una mujer vulgar, rica (mas sin blasones ni ejecutorias), ligera, despreciada, puesta en ridiculo... pero que hace trizas vuestros encantos, vuestra felicidad, vuestras esperanzas; que ha sabido emponzoñar el corazon de vuestro amante, enturbiar para siempre el cariño que os profesaba, encenagarlo, destruirlo...
Margarita. ¿Y os encubríais con la máscara de la amistad, del sentimiento mas noble?!... ¡Qué maldad! ¡qué impudencia! -- Haciais bien, porque un instinto desconocido me gritaba que os aborreciese.
Beatriz (*con sarcasmo*). ¿Y qué haceis aquí, señora? ¿Teneis serenidad bastante para arrostrar la presencia de Alonso Cano? ¿Creeríais ya fácil destruir lo que ha llegado á aprender y á imaginar? ¿Creeríais, por ventura, poder todavía reparar vuestra suerte, y hacerla nacer de nuevo, una vez sembrada la desconfianza, herido una vez el amor propio y el pundonor del hombre? ¡Cómo os equivocais! Aquella semilla estará brotando siempre flores de veneno y de muerte. Las heridas que se hacen en el alma, ni se curan ni se cierran jamas. Una vez avisado el hombre de la deslealtad de la mujer, la menor circunstancia despierta en él los recelos. Por eso avisé yo á Alonso Cano de vuestra deslealtad. Primero se ha de dar el

golpe, para que despues salten las centellas; y el golpe le di yo perfectamente. He aquí mi obra: he aquí vuestra ruina.

Margarita. Monstruo del infierno!

Beatriz. ¿Pensábais anoche volver á ver á vuestro pintor? Oh! nunca mas.

Margarita. Sí, lo pensaba; porque le he visto; porque su alma grande y generosa rebosaba en sus labios; porque sus ojos, arrasados en lágrimas, me decian «conozco tu inocencia»; porque su mano trémula me gritaba «yo me pondré como sello sobre tu corazon.»

Beatriz. ¿Le habeis visto?

Margarita (*con dignidad*). Sí, señora, le he visto.

Beatriz. Cuándo?

Margarita. Ántes de entrar vos.

Beatriz. No me engañeis.

Margarita. Vinísteis á impedir el término de mis males.

Beatriz. Todos me han mentido! Los criados diciéndome que Alonso habia sido llamado por el duque de Medina; don Sebastian ocultándome la hora de la cita. -- ¿Sabeis á dónde ha ido Alonso Cano?

Margarita. ¿A dónde?

Beatriz. A la muerte. A un desafío con el comendador, compañero de mi venganza.

Margarita (*fuera de sí*). ¿Qué habeis hecho, señora? ¿qué habeis hecho? -- ¡Y os llamais la mujer que le ama! ¡y sois la mujer que me disputa su cariño!

Beatriz. Yo no amaba á Alonso.

Margarita. Bien lo veo: no le amábais.

Beatriz. Amaba al pintor, al genio celebrado, la corona del Guadalquivir, el orgullo de Granada. Cuando le veia en la calle, y á todo el mundo, señalándole con el dedo, decir «ese es Alonso Cano, ese es el vencedor en San Alberto, el competidor de Zurbaran, la esperanza de la pintura,» - soñaba yo en ir á su lado, en participar de las mismas adoraciones, en ver á todos señalar á su mujer. Tú viniste á destruir mis palacios encantados; tú me espusiste á la risa y mofa de los hombres; tú me arrojaste á las lenguas de los maldicientes.

Margarita. Callad... Decidme en qué paraje es el desafío. Yo quiero impedirle. ¿Dónde, dónde es el sitio?

Beatriz. ¡Y pensábais que yo no me habia de vengar! ¡Y pensábais que consentiria yo vuestro triunfo! Sois muy inocente, señora. -- Pensaríais que no sabia yo que aborrecíais de muerte á don Sebastian. Lo sabia; y, sin embargo, os he presentado ante la sociedad como su mas ciega amante. ¿No le dijo don Sebastian á Alonso Cano, en San Alberto, que le quedaban mil venganzas? Helas aquí todas. Os robo á vuestro amante; os hago odiosa ante sus ojos; veis perecer á vuestro padre. -- Venid á esta ventana (*arrastrando á Margarita hácia la derecha*). Mirad esa torre; oid esos cerrojos: sacan á don César para el cadalso. ¿Qué falta ya á mi venganza?

ESCENA ÚLTIMA.

DICHAS. ALONSO. LEONARDO.

(*Alonso descorre con energía los tapices de la izquierda. Doña Beatriz queda como herida de un rayo. Margarita siente las mas vivas emociones.*)

Alonso (*á Beatriz*). Una sola cosa: que yo, por fin, os acabara de conocer.

Beatriz. (¡Lo perdí todo!)

Alonso (*á Beatriz*). Todo lo he escuchado.

Margarita (*arrojándose á Alonso*). Vives! vives! Ah! Dios mio!

Alonso (*lleno de vergüenza ante la ofendida Margarita. Afecto de duda y deseo.*) Margarita?!!

Margarita (*con el propio sentimiento*). Alonso?!!

Alonso (*decidiéndose*). He aquí mi mano. Tu esposo soy.

Margarita (*enagenadísima*). ¡Oh, felicidad!!!

Leonardo. (*Pausa de afectos.*) El rey, nuestro señor, ha dado el mando supremo de Andalucía al duque de Medina Sidonia. El duque, por primer acto de su clemencia, ha concedido un general perdon á los alborotados, mandando quemar los papeles y las acusaciones (*con intencion*) que le fueron presentadas.

Alonso. Margarita, vamos á abrazar á tu padre, que está ya libre. El indulto ha llegado.

Margarita (*loca de entusiasmo*). Mi padre!!... ¿Qué es

. esto que me sucede? -- Corramos á abrazar á mi padre.

Alonso (*separándose de ella, y dirigiéndose á Beatriz con aspecto sombrío*). Dos personas me injuriaron; emponzoñaron mi vida, añadiendo, por mas vileza, al agravio la mofa. Don Sebastian ha muerto en el desafío... A vos... os desprecio. -- (*Dirigiéndose á Margarita.*) He aquí á Leonardo; al que se lo debemos todo; al que, por salvar á don César, espuso esta noche su vida; al que, yendo casa de don Luis para que estorbase mi desafío, nos trae nuevas de tanta ventura; al que me gritaba « ven, Alonso, ven á escuchar la inocencia de Margarita; ven á endulzar todos tus pesares. »

Margarita. Leonardo! -- Alonso!! Ah! Soy la mas venturosa de la tierra.

FIN.

ERRATAS.

Pág. 3, lin. 6 léase: tú que *con tal* entusiasmo
Pág. 18, lín. 15: ¿El rostro de esa Vírgen...
Pág. 19, lín. 3: *medita*, vacila, *duda*.


